

J. Zorrilla y E. Doré

LOS

DE PAS

CUARENTA AÑOS

Biblioteca del



Museo Romántico

ECOS
DE LAS
MONTAÑAS.

BARCELONA.

IMPRESA DE NARCISO RAMIREZ Y C.[^]

PASAJE DE ESCUDILLERS, 4.

ECOS
DE
LAS MONTAÑAS

LEYENDAS HISTÓRICAS.

DIBUJOS DEL EMINENTE ARTISTA GUSTAVO DORÉ,
ABIERTOS EN ACERO POR LOS MAS ACREDITADOS GRABADORES INGLESES.

LEYENDA PRIMERA.

EL CASTILLO DE WÁIFRO

POR

D. JOSÉ ZORRILLA.

BARCELONA.

MONTANER Y SIMON, EDITORES.

CALLE CONDESA SOBRADIEL, 10.

1868.





Drawn by Gustave Doré.

Engraved by A. Willmore.

ECOS DE LAS MONTAÑAS.

INTRODUCCION.

I

Ecos de las montañas que nutridos
De las aguas los vientos y las aves
Con la voz, los murmullos y los ruidos,
Tristes, medrosos, gárrulos ó graves,
Venís á susurrar en mis oídos
Del aire azul entre las ondas suaves:
¡Qué avara saborea el alma mía
De vuestro vago són la poesía!

II

Ecos de las montañas... cuando aspiro
Vuestra sonora esencia con el viento
Que os lleva sobre mí, como un suspiro
Enviado por la tierra al firmamento,
¡Con qué placer la atmósfera respiro
En que bullir y murmurar os siento;
Concierto de una música sin nombre
Que envia Dios en el silencio al hombre!

III

Ecos de las montañas... cuando el día
Comienza á declinar, y en la llanura
Oigo desparramarse la armonía
De vuestra voz que baja de la altura,
Bendigo la montaña que os envía
Con la brisa, que impregnan de frescura
Los árboles, que dan á sus picachos
Rumorosos y móviles penachos.

IV

¿De qué habláis? ¿Qué os decís?— Mi oído atento,
Vuestro murmullo al percibir, se lanza
Tras él y le persigue por el viento
De comprenderle al fin con la esperanza;
Mas, ¡ay! nunca por él mi pensamiento
Lo que decís á comprender alcanza.
Ecos de las montañas, ¿vuestro ruido
Nunca lo que os decís dirá á mi oído?

V

Vagorosos rumores, yo os adoro:
Porque hallé desde niño en vuestros sonos,
Para mi triste espíritu un tesoro
De vagas é infantiles ilusiones.
Vuestro susurro plácido es un coro
Que me canta del aire en las regiones
Himnos cuyas palabras no comprendo,
Mas á las cuales con afán atiendo.

VI

Ecos de las montañas, yo percibo
En vuestro són versátil y liviano
Algo que se os adhiere, fugitivo
De un invisible mundo no lejano.
Nunca me sé explicar lo que concibo
De vuestro són oculto en el arcano:
Mas algo que habla en vuestro són comprendo,
Cuya palabra á mi pesar no entiendo.

VII

Ecos de las montañas, al sentiros
Bullir, el aire de rumor llenando,
Arrastrado tal vez siento en sus giros
Pasar de sombras invisible bando:
Que entre risas, conjuros y suspiros,
Rastro sonoro tras de sí dejando,
Pasan, y vuelven sin cesar, y ondean,
Y á la par que me encantan me marean.

VIII

¡Oh, montañas poéticas! ¿Es sueño
De mi débil espíritu, que enerva
El tiempo, que en rörer pone su empeño
Cuanto es caduco, ó en verdad conserva
Vuestro recinto inculto y zahareño,
Bajo su manto de árboles y yerba,
Ese mundo de espíritus quiméricos
De los tiempos románticos y homéricos?

IX

¿No es verdad ¡oh montañas! que aunque os yermen
Del invierno las nieves y aquilones,
Guardais las larvas é incubais el gérmen
De las mas primitivas tradiciones?
¿Que en vuestro seno sus fantasmas duermen,
Dándolas perfumados pabellones
En vuestros silos húmedos y estrechos
Céspedes, musgos, líquenes y helechos?

X

¿No es verdad que esos ruidos misteriosos,
Esos perennes y encantados ecos
Que exhalan vuestros bosques rumorosos,
Breñas desiertas y peñascos huecos,
A los que manantiales caprichosos
Cortinas dan de cristalinos flecos,
Pueden la tradicion y la leyenda
Al poeta contar que les comprenda?

XI

¿No son desde el diluvio las montañas
Cadenas y dogal del bajo suelo,
Cuevas de salteadores y alimañas,
Las que el hombre ocupó con más anhelo?
¿No minó con cavernas sus entrañas?
¿No trabajó con sórdido desvelo
Para cercar sus cumbres y asperezas
Con triple cinturón de fortalezas?

XII

Y esas torres y alcázares feudales,
De que hizo la política mundana
Nidos de buitres y antros de chacales,
Devoradores de la gente llana
Degollada en sus guerras señoriales
¿No convirtió despues la fé cristiana
En monasterios santos y tranquilos,
De caridad é ilustracion asilos?

XIII

Habrá dejado, pues, la humana raza
Por las montañas, al pasar por ellas,
De sus ejemplos de virtud la traza
Al par que de sus crímenes las huellas.
Páginas de una crónica que enlaza
Las figuras más torvas y más bellas,
Quedan en las alturas solitarios
Escombros de castillos y santuarios.

XIV

¡Hé ahí toda la historia de la tierra,
Toda la tradicion de los dos mundos:
Album de la ambicion y de la guerra,
Labor de sus dos génius furibundos!
¿Y de cada montaña y cada sierra,
No podrán ser los ecos vagabundos
Voces de las quimeras insepultas
En la olvidada tradicion ocultas?

XV

Ecos de las montañas, romped francos
En palabras: narradme los misterios
De las crestas, cavernas y barrancos,
Dó han dejado al pasar reinos é imperios
Pardos escombros y esqueletos blancos
De alcázares, castillos, monasterios:
Mansion de vivos en la edad pasada,
Y hoy de sombras poéticas morada.

XVI

Ya va á ponerse el sol: ya centellea
Sobre la curva colosal del monte,
Cuya silueta ante su luz negrea
Como el monstruoso lomo de un bisonte
Gigantesco é inmóvil... ya sombrea
La cavidad azul del horizonte
Con su niebla el crepúsculo... ya inerme
Se echa en su nido el águila... ya duerme.

XVII

Forma, color y luz la luna toma,
Libre ya del fulgor del sol ausente;
Y lo que él abrasó por valle y loma,
Platea su luz fresca y transparente.
La flor dá al áura su nocturno aroma,
Su frescura á la atmósfera la fuente;
El cielo es una tienda de reposo,
La tierra un lecho blando y aromoso.

XVIII

Es una noche que abrirá á la aurora
Los capullos que abril nutrió fecundo:
Una noche esplendente, inspiradora
De ascético fervor ó amor profundo.
¡Ecos de las montañas, es la hora
De vuestra libertad! ¡vuestro es el mundo!
¡Ea! bajad de la montaña umbría,
Y llenad las llanuras de armonía.

XIX

Descended: yo os evoco; yo os lo mando:
Dios esta noche á mi poder sujeta
La vaga voz de vuestro errante bando.
Para, de ecos perdidos turba inquieta,
Y en sus oídos al posar parando,
Lo que dices al aire dí al poeta.
¡Ah! ya sumisos á mi voz os siento
Venir... ¡Ecos... me habláis!—Estoy atento.

XX

¡Habládmeme... ya os comprendo... casi os veo
De la móvil calina en las marañas
De ráfagas, que en ráudo serpenteo
Hace y deshace el viento en sus estrañas
Locas ondulaciones!... Mi deseo
Se cumple!—¡Ecos que hervís en las entrañas
De las rocas que dan al Pirineo
Su diadema de rey de las montañas,
Sed los primeros cuyo són perdido
Un secreto de amor fíe á mi oído!




~~~~~

Diez siglos hace ya que esta leyenda  
Pasó: la misma edad que Barcelona,  
De independencia señorial en prenda  
Lleva en su frente la condal corona.  
Yo se la escribo como pobre ofrenda  
Que mi fe prueba y mi palabra abona.  
Granillo que acarrear mis afanes  
A la miés de los fastos catalanes.  
Le he sembrado al volver de tierra extraña  
De la mia natal en la frontera,  
Cuando á besarla al pié de la montaña  
Me hiqué del Pirineo.—¡Dios no quiera  
Que vuelva nunca á abandonar á España...  
Mas si me pierdo de mi patria fuera,  
No quiera Dios que se me pierda el grano  
Que en tierra tan leal sembró mi mano!

—><—



# EL CASTILLO DE WÁIFRO.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

---

### I

¡Perpétuo afan es del hombre  
Volverse á mirar su sombra,  
En el libro de la vida  
Volviendo al revés las hojas!  
¿Por qué?—Porque á cada paso  
Que vá dando hácia la fosa,  
Sus dichas por el camino  
Vá perdiendo una tras otra:



Y sintiendo á cada paso  
Que una ilusion le abandona,  
Como un amante vendido  
A verlas huir se torna.  
Mas segun las vá perdiendo  
Le parecen más hermosas;  
Porque el tiempo y la distancia  
Con luz mejor se las doran.  
Porque son distancia y tiempo  
Dos cristales que coloran  
Lo que por ellos se mira  
Con luz tan artificiosa,  
Que las manchas desvanece,  
Las imperfecciones borra,  
Cambia en rosal el espino  
Y el mónstruo en ángel trasforma.  
Tiempo y distancia en sus cuadros  
A las figuras históricas  
De toda miseria humana  
Purifican y despojan:



Y el hombre en mirar los cuadros  
De la edad pasada goza,  
Porque en ellos ve tan solo  
Poesía, luz y gloria.  
Hé aquí porqué nuestra vida  
Suele pasársenos toda  
En anhelar esperanzas  
Y en acariciar memorias.  
El pasado engalanamos  
Del tiempo presente á costa,  
Y siempre mejor creemos  
El de entonces que el de ahora.  
Hé aquí porqué los poetas,  
Cuyas almas perezosas  
Las miserias de la vida  
Desesperadas soportan,  
La poesía en el campo  
De lo pasado colocan,  
Y en el de su tiempo solo  
Las miserias y la prosa.



Lo pasado es la querida  
Ausente, embelesadora,  
Como la flor perfumada,  
Como el ángel luminosa:  
Lo presente, por desdicha  
Es como la mujer propia,  
Que nubla su poesía  
Con las miserias corpóreas.  
Hé aquí porqué los poetas  
Al tiempo pasado adoran,  
Y hojéan con tal deleite  
Del tiempo viejo las crónicas;  
Porque las léen como cartas  
Que desde playas remotas  
Hacer llegar á sus manos  
La ausente querida logra;  
Porque hallan no más en ellas  
Que frases encantadoras,  
Y deliciosos recuerdos  
Que poesía rebosan;



En un papel con su cifra,  
Que aún trasciende de su cómoda  
Al olor y al de la esencia  
Con que perfuma su ropa;  
Y en cuya ház se vé la huella  
De sus manos primorosas,  
Y que aún viene tibia y húmeda  
Del aliento de su boca.  
Hé aquí porqué los poetas  
Perdidos de su edad vogan  
Por el golfo, relatando  
Las leyendas de las otras.

Y hacen bien; porque los años  
Son lo mismo que las rosas;  
Que, frescas, tienen espinas,  
Y secas, no más que aroma.

Poesía omnipotente,  
Que con alas luminosas  
A través de las tinieblas  
De los tiempos te remontas,



Que vas á cerner tu vuelo  
En la purísima atmósfera  
Del cielo en que las quimeras  
De la edad pasada flotan,  
Llévame á su eden poético,  
Donde sin espinas brotan  
Sólo rosas con que hacernos  
Ramilletes y coronas.

Es el castillo de Wáifro  
Una mole arquitectónica,  
Que parece por titanes  
Asegurada en las rocas.  
Al mirarla desde el llano,  
No se concibe tal obra  
Consumada en tal altura,  
Sinó por arte diabólica.  
El lugar en que está puesta,  
La elevacion prodigiosa  
De sus muros y sus torres,  
Y el trecho en que se prolonga,



Recuerdan los monumentos  
De aquella edad fabulosa,  
En que escalar quiso el cielo  
La osadía babilónica.  
Fábrica de varias épocas  
Y de gente poderosa,  
De castillo y de palacio  
Al mismo tiempo blasona.  
Los anchos patios que abarca,  
Los aljibes que sus losas  
Ocultan, embovedando  
Sus cavidades recónditas;  
Los ventilados depósitos  
En que sus granos entroja;  
Los almacenes en donde  
Viveres y armas acopia;  
Las extensas galerías  
En que aposenta sus tropas,  
Cuando el pabellon de guerra  
En sus torres se enarbola;



Sus defensas formidables,  
La refinada y fastuosa  
Comodidad de las cámaras  
En que á sus dueños aloja,  
Dan al castillo de Wáifro  
No sé qué faz misteriosa,  
Que le hace á la par objeto  
De admiracion y zozobra.  
En paz, se le crée de una hada  
Pacífica y bienhechora,  
El kiosko fresco, en el cual  
No se concibe que se oigan  
En el silencio nocturno  
Más que arrullos de palomas,  
Sabroso rumor de besos,  
De brindis, harpas y trobas.  
En guerra, parece el cráter  
Del volcan, en donde forja  
El génio de las batallas  
Sus máquinas destructoras.



No se oyen en él más ecos  
Que los de la voz furiosa  
De la pelea, el incendio,  
Y la venganza y la cólera.  
Castillo y palacio, al par  
En guerra y en paz asombra;  
Y de él da el vulgo noticias  
Táles, tan contradictorias,  
Que á crëer lo que se dice  
Del castillo en pró y en contra,  
Para infierno y paraiso  
Ni le falta, ni le sobra.  
Maravilloso edificio,  
A cuya construccion sólida,  
A cuya grandeza régia  
Y á cuya esbeltez graciosa  
Contribuyeron á espacios  
La arquitectura de Roma,  
La de la muelle Bizancio,  
Y la africana y la goda,



Encierra cuantas ventajas  
A su construcción reporta  
De las cuatro arquitecturas  
La amalgama en una sola.  
Anchos fosos le rodean,  
Que de agua abundante colman  
Los manantiales que bajan  
De las cumbres nebulosas.  
Veinte aspilleras torres  
A sus muros eslabonan  
Almenadas galerías,  
Que en gruesos cubos se apoyan.  
De su recinto en el centro  
Gallardean orgullosas  
Las torres del homenaje,  
Que edificio aparte forman.  
Capiteles las rematan,  
Cupulillas las coronan,  
Botareles las aíslan,  
Y arabescos las adornan:



Y en su pabellon soberbio  
Sus nobles señores moran,  
En aposentos que el lujo  
Más espléndido decora.  
Sus salones de homenaje,  
Sus camarines y alcobas  
Cubren cúpulas y domos,  
Cuyas atrevidas bóvedas  
Fustes caprichosos cintran,  
Dobles istrias acordonan,  
Suelos pilares sustentan,  
Caladas cornisas orlan.  
Entra el sol en sus estancias  
Por ventanas espaciosas  
Romanas y Bizantinas,  
Cuyos limpios arcos doblan  
Y triplican las columnas  
Que sus cavidades cortan,  
A manera de ajimeces  
Como los de Fez y Córdoba.



Ricas vidrieras las cierran,  
Cuyo artífice geometra,  
Con líneas que el ojo pierde  
Trazó en ellas minuciosa,  
Laberíntica y prolija  
Combinacion: tan armónica,  
Que se admira, pero no  
Se detalla ni se copia.  
Los vidrios, que en estos múltiples  
Varillajes se encajonan,  
En imperceptibles álveos  
Que por dentro les emploman,  
Están pintados de vivos  
Colores, que nunca borran  
Ni el sol que les achicharra,  
Ni la lluvia que les moja,  
Ni el hielo que les destempla,  
Ni el viento que les azota,  
Ni el polvo que les entrapa,  
Ni el tiempo que les perdona.



Cuando del sol por defuera  
Les hiere la luz, y arrojan  
En el interior los vívidos  
Resplandores que de él toman,  
Focos de incendio parecen,  
Cascadas de llamas rojas,  
Cataratas de oro y púrpura,  
De hornos encendidos bocas:  
Cuyas reverberaciones  
Los muebles y las alfombras  
Ciñen, lamen y acarician  
Con sus lenguas flameadoras.  
Sus fugitivos reflejos  
Van á perderse en las lóbregas  
Chimeneas, en los negros  
Rincones y en las redondas  
Líneas de los pasamanos  
De las escaleras combas,  
Cuyas espirales rápidas  
Se retuercen y se enrollan



A manera de flexibles  
Y descomunales boas,  
Que el pavimento, girando  
Sobre sí mismos, perforan.  
Las terrazas de sus muros  
Y sus adarves festonan  
Marañas de enredaderas,  
Clemátidas y gayombas.  
Incopiables perspectivas  
Alegran sus plataformas  
Con vistas, luz y aire táles,  
Que los ojos enamoran,  
El alma triste recrean,  
Hacen más breves las horas,  
Y hacen más larga la vida,  
Pues cuerpo y alma confortan.  
Este castillo titánico,  
Esta fábrica ostentosa,  
Baluarte y palacio á un tiempo,  
Propiedad á un tiempo y obra



De una raza (que aun no hace  
En el que pasa esta historia.  
Veinte años que se ceña  
En la frente una corona)  
Está sentado en las cumbres  
De las montañas boscosas  
Del Pirineo, que parten  
Las fronteras españolas.  
Su torreon de homenaje,  
Que hay quien cree que al cielo toca,  
Domina extension tan vasta  
De las dos naciones próximas,  
Que alcanza en la Galia á ver  
Las llanuras de Tolosa;  
En España casi espía  
Por sobre Urgel á Gerona,  
Y por cima de la sierra  
Que va á expirar en la costa,  
Divisa el gálico golfo  
Como una niebla que flota.



Este castillo, tan vano  
Como una coqueta hermosa,  
Desde su altura se mira  
De un lago azul en las ondas;  
Y el agua, que siempre ha sido  
Traviesa, falsa y burlona,  
Al reproducir su imagen  
De su vanidad se mofa;  
Porque al repetir sus líneas,  
De abajo arriba las toma,  
Y su hermosura le muestra,  
Pero su imagen trastorna.  
Este lago, que se ceba  
Con los millares de gotas  
Conque hace la nieve arroyos  
De corrientes saltadoras,  
Tiende en dos leguas de anchura,  
Medidas á la redonda,  
Sus riberas, á pedazos  
Estériles ó frondosas.



A trechos su agua profunda,  
Muda é inmóvil, se agolpa  
Sobre vertical peñasco  
Que tenaz la amalecona.  
A trechos en las raíces  
De las encinas añosas  
Labra, sin cesar batiéndolas,  
Espuma burbujadora;  
Y á trechos, en fin, metiéndose  
Entre juncos, algas y ovas,  
Les mece inquieta y susurra  
Salpicándoles de aljófara.  
Despues que en su inmensa taza  
Murmura, salta, retoza,  
Ondea ó duerme á capricho,  
Sosegada ó juguetona,  
Su agua azul se abre salida  
Por una rotura angosta,  
Que la encáuza sobre un álveo  
Que en un canal la transforma;



Y por él, entre la doble  
Orilla que la aprisiona,  
De aquella opresion quejándose  
Como una niña mimosa,  
Camina haciendo recodos  
Por entre las peñas broncas,  
Con corriente imperceptible,  
Pero cada vez más honda.

Tal el castillo de Wáifro  
Mil años há que en las rocas  
Del Pirineo ostentaba  
Su grandeza faraónica.  
Tal, al despertar al mundo,  
Mil años há que la aurora  
Su primer luz, como un beso,  
Le mandaba cariñosa.  
Tal por la noche há mil años  
Que en pabellones de sombra  
Le encerraba la montaña  
Como su madre á una novia.



Par no tuvo en hermosura  
Ni en fortaleza: mi tosca  
Poesía no ha podido,  
En estas rimas monótonas,  
Dar de él la más pobre idea;  
Porque es una idea loca  
Basar sobre versos fábricas  
Que los siglos desmoronan.

Bella fué la del castillo  
De Wáifro: mas ¡ay! no hay cosa  
Bella en la tierra sin mancha,  
Y su mancha era su historia.

## II

Hay razas sobre las cuales  
La maldicion de Dios pesa,  
Y donde ponen la planta  
Desaparece la yerba.



En vano á sus individuos  
Fortuna y naturaleza  
Dan amigos, poder, oro,  
Fé, valor, génio y prudencia:  
No hay prudencia que les baste,  
Génio que á su sino venza,  
Valor que les dé victoria,  
Ni fé que se les mantenga;  
Ni oro que empleen con fruto,  
Ni poder que les dé fuerza,  
Ni amigos que les sean fieles,  
Ni sol que á mirar se vuelvan;  
Ni pan que les dé alimento,  
Ni suelo que les sostenga,  
Ni tierra que les dé tumba,  
Ni ojos que lloren sobre ella;  
Ni almas que sobre ella recen,  
Ni manos, en fin, ni lenguas  
Que de la calumnia póstuma  
Su fama y honor defiendan.



Esas razas por el mundo  
Cruzan como los cometas,  
Dejando tras sí, como estos  
Su cáuda roja, una huella  
Negra en su patria, en la historia  
Una figura siniestra,  
Y en la estirpe de que nacen  
Baldon, deshonra y vergüenza.  
La memoria de estas razas  
Las historias adulteran,  
La tradicion la enmaraña,  
La torna el vulgo en conseja;  
Y si un poeta la exhuma  
Y saca á luz su leyenda,  
Es un testimonio falso  
Sin firmas, sellos ni fecha:  
Un cuento que á nadie importa,  
Una voz que á nadie llega,  
Un eco que el aire apaga,  
Un fanal que ahoga la niebla,



Un alminar sin muezzines,  
Un instrumento sin cuerdas,  
Una aguja sin iman,  
Un barquichuelo sin vela,  
Una rosa sin perfume,  
Una carta sin respuesta,  
Un cantar sin estribillo  
Y un ave sin compañera.  
Porque esas razas malditas  
Que, cuando el campo atraviesan  
De la vida, ni un ruin árbol  
Para sombrëarse encuentran,  
No hallan despues de extinguidas  
Ni quien evocarlas sepa  
Tras el cendal de una fábula,  
Como unas sombras chinescas;  
Porque esas razas sombrías  
Tan mala sombra proyectan,  
Que dan mala sombra á un libro..  
La de Wáifro es una de ellas.



## III

Roma sentia escapársele  
De las manos la cadena  
Con que amarraba los pueblos  
Al carro de su soberbia:  
Sus provincias se trocaban  
De esclavas suyas en reinas,  
Y las que sus piés besaron  
Se erguian en su presencia.  
Los francos, como manada  
De lobos, hicieron presa,  
Al abandonarlas Roma,  
En las Galias indefensas;  
Y Eudes, duque soberano  
De Aquitania y de Provenza,  
Que las tenia por Roma  
Para él y su descendencia,



Vió al franco, dragon naciente  
Enroscado en sus fronteras,  
Empezar á abrir sus alas  
Y á desenroscar sus vueltas.  
La Francia, dragon que á Eudes  
Creyó oruga y vió culebra,  
Avanzó sobre Aquitania  
Amenazando comérsela;  
Y Eudes viéndole venir  
Sobre él las fauces abiertas,  
Le echó atrevido en la boca  
Nutridos haces de flechas.  
El aguijon de la oruga  
Sintió el dragon con sorpresa;  
Mas resuelto á devorarla  
Se preparó á la pelea.  
El dragon era más fuerte,  
La serpiente más mañera;  
Fué larga y tenaz la lucha  
Entre la maña y la fuerza.



Eudes tenia á su espalda  
Del Pirineo en las selvas  
Su castillo, inespugnable  
En su salvaje aspereza.  
Vencido, mas no rendido,  
Dos veces dejó sus tierras  
De Cárlos Martel en manos,  
Acogiéndose á las breñas.  
Repuesto en ellas dos veces  
Bajó al campo la tercera:  
Pero por fin la corona  
Compró con su independenciam.  
Hizo homenaje á los francos,  
Y fué en su fortuna adversa  
A encerrarse en las murallas  
De su oculta fortaleza.  
Gastó en ella sus tesoros  
Para asegurarse en ella,  
Y á su muerte su hijo Hunaldo  
La recibió con su herencia.



Eudes murió en su castillo  
Tremolando su bandera,  
Leon que herido de muerte  
Va á espirar á su caverna.  
¡Tal es nuestra raza humana!  
Los ódios de raza dejan  
En el alma de los hijos  
Los padres que les engendran.

Hunaldo ofreció tres veces  
Al rey Cárlos obediencia;  
Y otras tres como su padre  
Se alzó en rebelion abierta.  
Como él se acogió en su fuga  
Del Pirineo á las crestas,  
Como él en aquel castillo  
Enterrando sus riquezas;  
Llegando supersticion  
A ser de esta raza inquieta,  
Crëer que estaba adherida  
Su fortuna á aquellas piedras.



Hunaldo, el más firme apoyo  
De la dinastía vieja  
De los reyes Merovingios,  
Gastó en él sumas inmensas:  
Y cuando, después de ocho años  
De encarnizada contienda,  
Derrotado por los hijos  
De Cárlos Martel en Néustria,  
Renunció al poder y al mundo  
Metiéndose en una celda,  
Su hijo Wáifro en el castillo  
Vió la joya de su hacienda.  
Wáifro sucedió á su padre;  
Mas á la doble cadena  
Amarrado que el rey franco  
Le dejó en el cuello puesta.  
Su padre Hunaldo en el cláustro  
Y su hijo Lupo en la régia  
Servidumbre, respondian  
De su fé con sus cabezas:



Y Wáifro á estas dos argollas  
Amarrado, en la impotencia  
De revelarse, tascaba  
Su freno en calma colérica;  
Y estos dos recios anillos  
Que las manos le sujetan  
Para romper, confiaba  
De la fortuna en las vueltas.  
Para ocultar su coraje  
Y distraer su impaciencia,  
Volvió al castillo los ojos  
Como á la luz de su estrella:  
Y el oro del padre Hunaldo  
Y la mitad de sus rentas  
Empleó en hacerse de él  
La más fastuosa vivienda.  
Wáifro, en las vicisitudes  
De su vida romancesca,  
Corrió con su inquieto padre  
Desde niño á donde quiera



Que alzaron contra los francos  
Una lanza ó una enseña,  
Ya el longobardo en Italia,  
Ya Taxilon en Baviera,  
Ya en España los alarbes;  
En suma, por donde opuesta  
A Francia quedó en Europa  
La comarca más pequeña.  
Wáifro, observador curioso,  
Engrandeció sus ideas  
En sus peregrinaciones;  
Y en sus montañas de vuelta,  
Recordó cuanto vió bello  
En las marcas extranjeras,  
Y echó menos la hermosura  
Donde halló de más la fuerza.  
Recordó aquellos alcázares,  
Castillos, puentes, iglesias,  
Obeliscos y acueductos  
De Italia, Bizancio, Iberia



Y Alemania: los detalles  
Recordó de sus diversas  
Arquitecturas; tan noble  
La romana, tan esbelta  
La gótica, tan suntuosa  
La bizantina, tan fresca  
La árabe, tan extremada  
En primores, tan aérea...  
Y dar de su alcázar quiso  
Solidez á la belleza,  
De los primores de todas  
Los detalles añadiéndola.  
Estucó sus camarines,  
Balaustró sus escaleras,  
Cintró sus embovedados,  
Labró sus macizas verjas,  
Apilaró las crujías,  
Apretiló las mesetas,  
Trasformó en fin su castillo  
En la mansion más risueña,



De ligereza y de gracia  
Dándole tal apariencia,  
Que dejándole castillo  
Sólido, hizo en él que fueran  
Miradores las ventanas,  
Rosetones las lucernas,  
Botareles los estribos,  
Belvederes las almenas,  
Chales colgados los puentes,  
Galerías las poternas,  
Y las torres alminares,  
Y peristilos las puertas,  
Y los adarves pensiles,  
Y las esplanadas huertas,  
Y tapices las murallas,  
Y juguetes las defensas.  
Mas Wáifro morar no pudo  
En mansion tan opulenta;  
Porque, al ascender al trono  
Pepino el Breve, en las fiestas



De su advenimiento Lupo  
Huyó, y como una tormenta,  
Del castillo de su padre  
Llegó una noche á las puertas.  
Lupo y Wáifro de venganza  
Teniendo el alma sedienta,  
Libres al verse, soltaron  
A su coraje las riendas.  
Lupo de su padre Wáifro  
Puso á la cólera espuelas,  
La ocasion ante el deseo  
Pintándole como buena  
Para cobrar la perdida  
Soberana independencia,  
De los estados del Norte  
A favor de las revueltas.

Wáifro, el cuerpo entumecido  
Desarrolló á tales nuevas,  
Como al balido del corzo  
Sus anillos la culebra.



Sacudió al aire los brazos  
Como el leon la melena:  
Y á su torre de homenaje  
Como aparicion siniestra  
Asomándose, á los labios  
Llevó su trompa, y en ella  
Con todo el pulmon soplando,  
Lanzó su señal de guerra.  
Los ecos de las montañas  
Le echaron en las praderas,  
Y en la Aquitania un soldado  
Evocó tras cada piedra.  
Todo el ódio de su raza,  
Amasado en la vergüenza  
De su antiguo vencimiento,  
Hizo de ellos dos panteras.  
Lupo, duque de los vascos,  
Les hizo cruzar por sendas  
Salvajes el Pirineo;  
Y de ellos á la cabeza



El padre y el hijo ocho años  
Sostuvieron la pelea,  
Sin vencer ni ser vencidos  
Y con encono de hienas.  
Al fin ¡ay! su sino infausto  
Dió de la fortuna ciega  
Una vuelta repentina  
A la revoltosa rueda.  
Los francos les incendiaron  
El Berry, entraron la Auvernia,  
Talaron del Lemosin  
Los viñedos y las vegas;  
Y Wáifro, rendido nó  
Mas agotadas sus fuerzas,  
Desmanteló sus ciudades  
Desde el Bearn á Angulema;  
Envió á Lupo con sus vascos  
Mas allá de sus fronteras,  
Y se metió en sus montañas  
Como el leon en su cueva.



Los francos no osaron nunca  
Seguirle por las veredas  
De las montañas; y Wáifro,  
Con soberana fiereza,  
Siguió izando en su castillo  
Su independiente bandera,  
Rey libre de la montaña  
Cuyos lugares le pechan.  
Wáifro, del triunfo del franco  
Como viviente protesta,  
Cazaba por los breñales  
Y andaba en su fortaleza  
Con caballo encubertado,  
Blasonada sobrevesta,  
Manto ducal en los hombros  
Y corona en la cabeza.  
Pero Wáifro salió un día  
De su castillo, y la tierra  
Debió tragarle, pues nunca  
Dió á su castillo la vuelta.



## IV

Un año despues, subiendo  
De un cerro la áspera loma,  
Que el solitario recodo  
De un brazo del lago acota,  
Adelantaba un ginete  
Por la soledad recóndita,  
Tal vez buscando una senda  
Borrada, perdida ó rota.  
Alumbra el país inculto  
Con tibia luz melancólica  
Que va desgarrando á espacios  
Los celajes que la entoldan,  
Un plenilunio de mayo,  
Que en la tierra pedregosa  
Del silencioso ginete  
Dibuja la móvil sombra.



Este es, vigoroso y ágil,  
Un hombre que su persona  
De piés á cabeza envuelve  
En las mallas de una cota.  
Toca su erguida cabeza  
Con una ducal corona,  
Bajo cuyo guardacuello  
Grisés cabellos asoman.  
No más de espada y merced  
Va armado, y caparazona  
De malla no más las ancas  
Del tordo corcel que monta:  
Cual si fiando de frente  
En sus manos poderosas,  
Tan sólo se recelara  
De acometida traidora.  
La luna, que sus contornos  
De espléndidas líneas orla  
Rielando de sus mallas  
En las bruñidas argollas,



Le presenta circundado  
De una especie de aureola,  
Que parece desde léjos  
Luz de su figura propia;  
Figura de acero, dura,  
Siniestra, amenazadora,  
Digna del agreste cuadro  
En donde campea sola.  
A sus piés se extiende estéril  
Una cuesta rocallosa,  
Que accidentan solo peñas  
De aridez desoladora.  
A su frente empaña el lago  
Con sus vapores la atmósfera,  
Donde incansables se ciernen  
Las cenicientas gaviotas.  
A su derecha el castillo,  
Entre la niebla brumosa,  
Con líneas negras y rudas  
El azul del cielo corta;



Y en su torre del vijía,  
Y en la de aquella más próxima,  
Dos luces que arden anuncian  
Que velan los que en él moran.  
El caballo, cuyas riendas  
El caballero abandona,  
No sintiéndose regido,  
Va con marcha perezosa  
Avanzando cuesta arriba;  
Pero no bien la trasmonta,  
Enarca rígido el cuello,  
Los firmes jarretes dobla,  
Sobre las manos se planta,  
Las orejas encapota,  
Ventéa, y fija en un punto  
La pupila recelosa.  
El ginete enderezándose  
En los estribos se apoya,  
Y en rededor suyo tiende  
Mirada escudriñadora.



Allá, al pié de los peñascos,  
Cerca del agua, le chocan  
Informes bultos, que son  
Los que á su caballo asombran.  
Los temerosos objetos  
De que aun no alcanza la forma  
Mientras su caballo esquiva,  
Él con la vista devora.  
De pronto una idea súbita  
Le asalta: al corcel acosa;  
Resiste el bruto; le clava  
Los dos acicates; bota  
El animal, no avezado  
A ayuda tan rigorosa,  
Y entre los bultos de un brinco  
Bufando á su amo coloca.  
Los bultos son dos cadáveres,  
Que aun tienen de carne y ropa  
Restos y harapos asidos  
A la osamenta asquerosa.



Las de dos caballos yacen  
Con ellos; lo cual denota  
Que allí les dejaron muertos  
Manos y almas alevosas.  
Los buitres han devorado  
Las bestias y la persona  
Del uno, á quien mal guardaban  
Vestiduras poco sólidas.  
El otro conserva encima  
Del busto su carne momia,  
Merced á una recia malla  
Que aún se le adhiere mohosa.  
Llegóse á aquel el ginete:  
Mas como se le avizora  
Medroso de él su caballo  
Y le obliga á que se ponga  
Junto al cadáver, el bruto  
Al encabritarse, toca  
Con el casco herrado y mueve  
La seca osamenta cóncava.



Al golpe y al movimiento,  
La calavera redonda  
Dejó de sí desprenderse  
El aro de una corona.  
Vióle rodar el ginete  
Con tan profunda congoja,  
Como si viera á sus plantas  
Una sierpe venenosa.  
Rodaba el aro hácia el lago;  
Mas él, que á tierra se arroja,  
Antes que en el agua caiga  
Con ambas manos le toma.  
Examinóle, y frotóle  
Con la piel de sus manoplas:  
De una corona ducal  
Era el círculo: las hojas  
Le faltaban, mas tenia  
Las nueve perlas valiosas  
Que para la de Aquitania  
Regaló á sus duques Roma.



EL CASTILLO DE WÁIFRO.

PÁGINA 42.

*Al golpe y al movimiento,  
La calavera redonda  
Dejó de sí desprenderse  
El aro de una corona.*









*Drawn by Gustave Doré.*

*Engraved by J.H. Baker.*







Al conocerla el incógnito,  
Rugió como una leona  
Que halla su cachorro muerto  
Cuando á su caverna torna.  
“¡Wáifro!,, exclamó con un grito  
De ira y angustia tan hondas  
Que debió oirle el cadáver  
Por quién le lanzó su boca:  
“¡Wáifro!... ¡hijo mio!... añadió,  
“¡Maldita sea la hora  
“En que me volví en el claustro  
“Al Dios que nos abandona!  
“¡Alma de Wáifro insepulto,  
“La de tu padre te evoca!  
“¡Ven conmigo, por la tierra  
“De tu raza vengadora!  
“¡No perdonemos jamás  
“Á quien nos mata y deshonra!  
“¡No perdonemos nosotros  
“Á quienes Dios no perdona!,,



Dijo, y su corona echando  
Del lago oscuro en las ondas,  
Se encajó la del cadáver,  
Montó y se perdió en la sombra.

## V

Hay razas que condenadas  
Vienen á la tierra ya,  
Á ser tragadas por otra  
Que de ellas marcha detrás;  
Y por más que ellas caminen  
Con ráuda velocidad,  
La que camina tras ellas  
Siempre avanza mucho más.  
Su fé, poder y constancia  
Huella su fatalidad,  
Y se pierden como el polvo  
Al soplo del vendaval.



Hunaldo y Lupo, modelos  
De constancia y fé tenaz,  
Atletas vencidos siempre,  
Pero rendidos jamás,  
Tornaron por la vez última  
La Europa á insurreccionar  
Contra los francos, con fiera  
Y heroïca terquedad.  
Palanca de su venganza  
Hacer supo perspicaz  
Su astucia de cuanto puede  
Las pasiones exaltar;  
Y con firme pertinacia,  
Con cauta sagacidad  
Y diabólica doblez  
La lograron combinar.  
Tras largas noches de insomnios,  
Tras largos dias de afan,  
De azarosísimos viajes  
Hechos de extraño disfraz



A favor, de oscuras tramas  
Próximas siempre á abortar,  
Nudo á nudo aseguraron  
La espesa red de su plan.  
Poco con él importábales  
El porvenir arriesgar  
Del cristianismo, encender  
La discordia universal,  
Y degollar sin escrúpulo  
De la Europa la mitad,  
Con tal de vengar á Wáifro  
Y á los francos de humillar.  
No quedó príncipe, duque,  
Ni conde, ni capitán  
Que de los francos tuviera  
Qué temer ó qué vengar,  
Cuya chispa de odio ó miedo  
No supieran en volcán  
Convertir Hunaldo y Lupo  
Con su destreza infernal.



Una tarde en la espesura  
De una selva secular,  
Á cuyo centro recóndito  
Pinos resinosos dan  
Toldo, rumores, aroma,  
Secreto y seguridad,  
Hunaldo y Lupo juntaron  
Diez jefes de sangre real,  
Un pacto de odio y venganza  
En sus manos á jurar,  
Con que alcanzar de una vez  
Sepultura ó libertad.  
Solo acudió cada uno,  
Por su senda cada cuál,  
Con sed de sangre en el alma,  
Bajo atavíos de paz.  
Dejando cada uno oculta  
Escasa escolta leal,  
Entró en el bosque mostrando  
De su estirpe y dignidad



Las insignias francamente,  
Como quien resuelto vá  
Á arriesgar todo por todo,  
Prevenido á todo azar.  
Y fué una escena diabólica,  
En cuyo éxito quizá  
Tomó parte por Hunaldo  
El poder de Satanás;  
Porque Hunaldo conspiraba,  
Con Francia por acabar,  
Hasta en pró del paganismo  
Y contra el poder papal.  
Y Hunaldo con la vehemencia,  
Que solamente es capaz  
Un odio á muerte en un alma  
Cual la suya de inspirar,  
Y Lupo con la elocuencia  
Doble, insidiosa y sagaz  
De su lengua de sirena  
Y su intencion de chacal,









*Drawn by Gustave Doré.*

*Engraved by W.H. Mote.*







EL CASTILLO DE WÁIFRO.

---

PÁGINA 49.

*Y de oro y licor vertieron  
Tan generoso raudal  
Entre brindis y cantares  
De venganza y libertad.*



En la alma de sus aliados  
Acertaron á infiltrar  
De su odio feroz de raza  
La acre ponzoña letal.  
La impresion de aquella escena  
Romántica al calcular,  
Contaron con la del vino  
Generosa calidad;  
Y de oro y licor vertieron  
Tan generoso raudal,  
Entre brindis y cantares  
De venganza y libertad,  
Que al poner fin con la tarde  
Á su régia bacanal,  
Pudieron Hunaldo y Lupo  
Con ejércitos contar.  
Á izar iban otra vez  
Su bandera señorial:  
Ya eran jefes; ya eran fuertes  
Otra vez en tierra y mar.



Sobre su tordo fogoso,  
Lanzando otra vez audaz  
Su grito de guerra al viento  
De un himno báquico á par,  
Hunaldo, á la luz ya incierta  
Del crepúsculo fugaz,  
De sus aliados al frente  
Volvió el bosque á atravesar.  
Ellos, tras él arrastrados,  
Repetían de él detrás  
Sus pasos descompasados  
Y sus cantos sin compás;  
Y lanza en mano, en las crines  
Asegurándose mal,  
Y con carcajadas de ébrios  
Y de ébrios con ademan,  
Con el ruido de un pedrisco  
Que lanza la tempestad,  
Como remolino de hojas  
Que arrebató el huracán,









*Drawn by Gustave Dore.*

*Engraved by A. Willmore.*

G. Dore







## EL CASTILLO DE WAÍFRO.

---

PÁGINA 51.

*Sin recordar lo pasado,  
Su porvenir sin sondar,  
Sin mirar d' dónde pisan,  
Sin saber d' dónde van.*



Saltando matas y troncos,  
Á la luz crepuscular  
Van, torbellino de Hunaldo,  
Larvas de su odio voraz,  
Sin recordar lo pasado,  
Su porvenir sin sondar,  
Sin mirar á dónde pisan,  
Sin saber á dónde van.

Y Hunaldo llegó con ellos  
Á la Iglesia á amedrentar,  
Y vaciló Carlo-Magno;  
Pero un momento no más.  
En Germania, Italia, España,  
Francia, por tierra y por mar,  
De Hunaldo y Lupo sobre ellos  
Cayó la fatalidad.  
Los que una muerte no osaron  
Desesperada arrostrar,  
De Carlo-Magno cayeron  
Bajo la planta imperial.



Hunaldo, con la increíble  
Y larga virilidad  
De su voluntad de bronce  
Y sus fuerzas de titan,  
Murió apedreado en Pavía  
Por la furia popular,  
Excomulgado y cargado  
Con la maldicion papal:  
Y la raza Carlovingia  
Su trono al asegurar,  
Le acuñó con los pedazos  
De su corona ducal.

En el castillo de Wáifro,  
Lupo, después de encerrar,  
Á su mujer y á una niña  
Á quien esta el pecho dá,  
Fué á tender á Carlo-Magno  
Emboscada en un breñal,  
Y le mató en Roncesvalles  
De sus doce el mejor Par.



Carlo-Magno despechado  
Por la muerte de Roldan,  
Entrampó á Lupo, y le hizo  
Cual lobo rabioso ahorcar.

Raza infeliz, en quien rudo  
Pesó el castigo de Adan,  
Y en quien se cebó implacable  
La injusta fatalidad:

Raza á quien hizo la historia  
Por vencida criminal,  
Aunque sucumbió en defensa  
De su tierra y libertad:

Raza á quien ni los romances  
Quisieron patrocinar,

Pues otros nombres y orígen  
Á su casa y gentes dan,

Dejó tras sí una azucena,  
Cuyo aroma virginal

Quisiera que en estas hojas  
Se pudiera respirar.



Una doncella... no: un ángel  
De amor que, en cuerpo mortal,  
Vino al castillo de Wáifro  
Á amar, sufrir y espirar.  
Una hurí cuya poética  
Leyenda tradicional  
LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS  
Me han venido á mí á contar.  
¡Feliz yo si su relato  
De estas hojas por el haz  
Lograra estender, por ellas  
Haciéndole resbalar  
Como un arroyuelo límpido,  
Cuyo sonoro raudal  
Lame la arena y el césped  
Que lecho y sombra le dán!

---



## CAPÍTULO II.

---

### I

Buscad hoy por las rocas y breñales  
Del Pirineo catalan los restos  
Del castillo de Wáifro: las señales  
En el aire buscad de sus enhiestos  
Torreones y muros colosales  
Tras de sus puentes levadizos puestos...  
Sobre ellos han pasado como furias  
Las razas sin piedad de diez centurias.



## II

Allí do los macizos torreones  
Se burlaban del ímpetu del viento,  
Y á través de huracanes y turbiones  
Miraron sin temblar al firmamento,  
Hoy anidan las águilas y halcones,  
Vegeta apenas musgo amarillento,  
Y un invierno glacial lo que halla en sombra  
Con eternos carámbanos alfombra.

## III

Rastro no hay ya de su feudal grandeza:  
La estirpe real que le habitó en los dias  
En que la accion de mi relato empieza,  
Dejó sus restos en las algas frias  
De un lago seco ya, y en la maleza  
Que enmarañan punzantes y bravías  
Húmedas tobas y carrascos secos  
Do vá el viento á exhalar lúgubres ecos.



## IV

Aquellos fieros duques aquitanos  
Que allí alzaron audaces los postreros  
Su voz y su pendon de soberanos;  
La princesa gentil de ojos parleros,  
Cabellos de oro y nacarinas manos,  
Que en el césped dejó de sus senderos  
La casta huella de sus pies enanos  
Y en el aire sus ayes lastimeros;

## V

La última grey de servidores fieles  
Que la guardaba en su postrer asilo;  
Los azores, neblíes y lebreles  
Con que cazaba en torno del tranquilo  
Lago, que de sus cañas y reteles  
Pesca á su vez suministraba al hilo;  
Todo aquel resto de ducal grandeza  
Que rodeó su virginal belleza



## VI

¿Qué son? Polvo no más que esparce el viento;  
Rumores de la atmósfera vacía;  
Sombras que se dibujan un momento  
En las hojas de un libro; poesía  
Del tiempo que pasó; gérmen de un cuento  
Hilvanado á la historia por la mia:  
Són, poesía, sombras, polvo y gérmen  
Que en las tinieblas del pasado duermen.





### CAPÍTULO III.

---

## GENOVEVA DE AQUITANIA.

---

#### I

Veinte años despues, regía  
Luis el piadoso el imperio,  
Y el más profundo misterio  
El castillo guarecía.

Guardábanle las montañas  
En su vírgen espesura,  
Cual madre á la criatura  
Pedazo de sus entrañas.

Las selvas que de maleza  
Salvaje se enmarañaron,  
De la tierra segregaron  
De Wáifro la fortaleza.



Enyerbados sus senderos,  
No hallaron ya á él caminos  
Hermitaños, peregrinos,  
Juglares ni aventureros.

Y como á dar no volvió  
De la tierra al poder guerra,  
De su raza y de él la tierra  
Sin miedo ya, le olvidó.

¿Qué era de él? ¿Quién le vivía?  
¿Quién alzaba aquel són vago  
Que despertaba del lago  
Ecos en la áura vacía?

¿De quién era aquel acento  
Que oyó algun pastor tal vez  
La nocturna lobreguez  
Rasgar, en alas del viento?

¿Por patios y corredores,  
Echadas de tierra y cielo,  
Lloran su eterno desvelo  
Las almas de sus señores?



¿Arrastran por sus incultos  
Bosques y oscuras crujías  
Trás sí sus almas impías  
Sus espectros insepultos?

¡Quién sabe! el aire á intervalos  
Exhala sonos de vida  
Detrás de aquella estendida  
Cortina espesa de palos.

Mas lo que interrumpe á veces  
De su silencio la calma,  
No son lamentos de un alma  
Que pide póstumias preces;

No es el temeroso són  
De la voz de las leyendas  
Con que puebla las viviendas  
Precitas la tradicion;

Es el rumor halagüeño  
De un tierno cantar de amores,  
Como el de los ruseñores  
Que guardan á la hembra el sueño.



Es la voz de un alma henchida  
De tiernísima pasión,  
Que demanda un corazón  
Que abra el suyo á nueva vida.

Es la voz que á todo sér  
Infunde naturaleza,  
En cuanto el amor empieza  
Á sentir en sí nacer.

Es la frase no aprendida  
Que instintivamente sabe,  
La alma á quien la pena cabe  
De querer y ser querida.

Es la voz de una mujer  
Que su amor cantando, acata  
La ley imperiosa y grata  
De ser querida y querer.

¿Quién será la que á intervalos  
Canta así de amor herida,  
Detrás de aquella extendida  
Muralla espesa de palos?



## II

Un día, al mediar el sol,  
Penetrando en la montaña  
Por el lado que da á España  
Del Pirineo español,  
    Á través de las malezas  
Se abria á hachazos sendero  
Un robusto caballero  
Armado de todas piezas:  
    Y á juzgar por el afan  
Que en enmarañarse tiene,  
Ó huyendo de un riesgo viene  
Ó á los alcances le van.  
    Dejado crecer acaso  
Para que se cierre á expreso,  
No hay en el breñal espeso  
Rotura, brecha, ni paso:



Y se ve que en muchos años,  
No han buscado en él caminos  
Pastores ni peregrinos,  
Bandoleros ni ermitaños.

El caballero que explora  
Tal montaña, y que acomete  
Tal paso, en el que se mete  
Práctico tal vez no ignora.

Su vigoroso caballo  
Que en secundarle no duda,  
El bosque á romper le ayuda  
Con el bien herrado callo;

Y de pechero y frontal  
Fiando en planchas y puntas,  
Con todas sus fuerzas juntas  
Trabaja el noble animal.

Con hacha, brazos y pecho  
El ginete, y el caballo  
Con frontal, pechero y callo,  
Se abren paso y ganan trecho;



Hasta que entré la hojarasca  
Sumidos, sólo el rumor  
Muestra que ni su labor  
Cesa, ni su pié se atasca.

Y ya porque él no ignorase  
El fin de la zona espesa,  
Ó porque, loca, en su empresa  
La fortuna le ayudase,

Trás larga y penosa brega  
Consiguió salir á dar  
Al linde de un encinar,  
Que acota un bordo y que riega

Un arroyo: el cual parece  
Que le circunda y le zanja:  
Coto de heredad ó granja  
Á que el bosque pertenece.

Saltó el arroyo: y metiéndose  
Resuelto por la arboleda,  
Topó con una vereda  
Que poco á poco fué haciéndose



Calle de árboles umbría,  
Que, aunque inculta y enyerbada,  
Paseo llano ó calzada  
Muestra que ha sido algun día.

Hoy corta su césped fresco  
Senda que sobre él se pinta,  
Como una greca de cinta  
Que parte un tapiz chinesco.

Por ella echando, y al brillo  
De los últimos reflejos  
Del sol, alcanzó á lo lejos  
Por sobre el bosque un castillo;

Y avanzando por la calle  
De árboles hácia él de frente,  
Desembocó de repente  
En un pintoresco valle.

El caballero podría  
La espesura conocer;  
Mas de seguro, á mi ver,  
El valle no conocía;



EL CASTILLO DE WÁIFRO.

---

PÁGINA 66.

*Por ella echando, y al brillo*  
*De los últimos reflejos*  
*Del sol, alcanzó á lo lejos*  
*Por sobre el bosque un castillo.*









*Drawn by Gustave Doré*

*Engraved by J. H. Baker*







Pues púsose á contemplar  
Con arrobamiento vago  
De valle, castillo y lago  
El panorama sin par.

Verdeguean por las lomas  
Las mieses y las legumbres;  
Se vuelven desde las cumbres  
Al palomar las palomas;

Recojen por los oteros  
Sus rebaños los pastores,  
Y tornan los labradores  
Cargados con sus aperos.

Allá viñedos ocupan  
Lo que ayer broncos breñales:  
Aquí en huertos los frutales  
Ya florecidos se agrupan.

Allá donde el alma arredra  
El abismo de un barranco,  
Con solo un ojo, de un tranco  
Le salta un puente de piedra.



Por bajo de él con estruendo  
Se precipita un torrente  
Que le está continuamente,  
Aunque en vano, sacudiendo:

Y su honda barranca estrecha  
Bordea un ancho camino,  
Que baja el trigo á un molino  
Que sus aguas aprovecha.

Todo acusa movimiento  
Labor, cuidado, abundancia:  
La montesina fragancia  
Perfuma el salubre viento,

Y el lago ondoso le entibia  
Del estío en los calores,  
Y con sus frescos vapores  
El pulmon cansado alivia.

El caballero creyó  
Que allí moraba alguna hada  
Que, del eden desterrada,  
Allí un eden se labró;



Y estuvo espacio no corto  
Contemplando en su belleza  
Valle, lago y fortaleza  
Embebecido y absorto.

Y no pudo comprender  
Quién, cómo y para qué quiso  
Tan risueño paraiso  
En tal desierto esconder.

“¿Quién será la hada dichosa,,  
—Se dijo— “que este eden more?  
“¡Dichoso quien la enamore,  
“Si es como su eden hermosa!,,

“Yo la veré,,—Cual si un mago  
Realizara complaciente  
Su anhelo, vió de repente  
Salir del bosque, y del lago  
Avanzar por la ribera  
Una dama coronada,  
Sobre una yegua montada  
Como una corza ligera.



Traia encapirotado

En su diestra un alcotan,  
Y el cuerpo en aire galan  
En la silla colocado:

Y traia en pos, en trage  
De caza, un viejo sombrío,  
Dos mancebos de buen brio,  
Dos halconeros y un page.

Quedó un punto el caballero  
Encantado contemplándola,  
La ágría subida mirándola  
Emprender por un sendero:

Y como que era entendió  
La dueña de aquel castillo,  
Otra senda, que al rastrillo  
Vió que guiaba, tomó.

Y de él la dama subia  
Sin apercibirse acaso,  
Mientras de intento, su paso  
Él por los suyos media:



De manera que al pisar  
La plataforma ella y él,  
Del postigo ante el cancel  
Se vinieron á encontrar.

Contemplóle ella gran pieza  
Silenciosa mas no esquivá,  
Y los de su comitiva  
Con acusada estrañeza.

Él á su vez contemplóla  
Con admiracion tan franca,  
Que ella tornó su piel blanca  
De azucena en amapola.

Mas como la situacion  
Comenzase á ser violenta,  
Él de sí dándola cuenta  
Trabó así conversacion.

—“Dama hermosa, perdonad  
“Si un desconocido errante,  
“De vuestra puerta delante  
“Os pide hospitalidad.,,



La dama permaneció  
Aun un momento indecisa;  
Y luego, como con prisa  
De escusarse, respondió:

—“Servíos vos de escusar  
“El silencio en que vacilo,  
“Porque hospedaje ni asilo  
“No estoy hecha en ella á dar.,,

Y aquí el caballero fué  
Quien á su vez vaciló  
De la razon que ella dió  
No comprendiendo el porqué;

Y siendo él quien es, y en sí  
Derecho habiendo sobrado  
Para ser bien hospedado,  
El diálogo anudó así:

—“Creed que aunque solo vengo  
“Y asendereado, tal soy  
“Que á par con príncipes voy,  
“Pendon alzo y hueste tengo;



“Mas no os enoje ni asombre  
“Que mi nombre aquí no os diga,  
“Porque en público me obliga  
“Un voto á callar mi nombre.,,

–“Calladle: que aunque no entiendo  
“Cómo habeis llegado aquí,  
“Lo que ignorais vos de mí  
“Saber de vos no pretendo.,,

–“Hasta vos para llegar  
“Bregué el bosque hasta romper;  
“Mas por llegaros á ver  
“Volveria á comenzar.

“Y desde el punto en que he visto  
“Vuestra beldad soberana,  
“De vos, noble castellana,  
“Quién soy en velar no insisto.

“Dar puedo mi nombre á quien  
“Me dé un nombre al mio igual.,,

–“Entrad: yo os daré uno tál  
“Que esté junto al vuestro bien.



“Y aunque es la primera vez  
“Que mi nombre doy á un hombre,  
“Dársele puedo á quien nombre  
“Me pueda dar de igual prez.,”

—“Si es mi demanda, señora,  
“Importuna ó temeraria,  
“La retiro.,”

—“Solitaria  
“He vivido aquí hasta ahora:  
“Y como hospitalidad  
“Nadie á pedir vino aquí,  
“El primero que de mí  
“La obtenga sereis: entrad.,”

---

Picó, esto dicho, su yegua  
Que ya escarbaba impaciente,  
Y cruzó á galope el puente  
Poniendo al coloquio tregua.



Picó á su vez su corcel  
El caballero trás ella:  
Y su séquito, trás él  
Picando, sobre su huella  
Marchó en sonoro tropel.

Tras ellos cayó el rastrillo  
Y alzóse crugiendo el puente;  
Y el crepúsculo amarillo  
Sumió en sombra lentamente  
Valle, laguna y castillo.

Y unos por otros después  
De mis personajes tres,  
La dama y el caballero  
Y otro á quien nombrar no quiero  
Pensaban al par—“¿Quién és?,”  
¿Quién és la que nunca dió  
Á nadie hospitalidad?  
¿Quién és quien se la pidió?  
¿Quién el viejo que guardó  
Tán muda severidad?



Mientras sueña el caballero  
En su lecho con la dama,  
Y ella en el audaz viajero  
Inquieta piensa en su cama,  
Vamos al viejo severo.

## III

Un poco antes que la luna  
Del horizonte saltase,  
Que era la del primer día  
De un primer cuarto menguante,  
Por una poterna al foso  
Salió el viejo personaje  
Con dos lebreles, que pegan  
El morro á sus calcañales.  
Desató una balsa oculta  
Debajo de los sillares  
Que umbral de la poterna  
Prolongan, quedando al aire,



Y atravesó el foso en ella:  
Tras él los perros entrándose,  
Como bestias avezadas  
Á trasporte semejante.  
Ató la barca á otra argolla  
Aferrada á la otra parte:  
Tomó tierra allende el foso,  
Y echó hácia los encinares,  
Descendiendo por la senda  
Que lleva á la calle de árboles  
Por donde fué el caballero  
Á desembocar al valle.

Es un hombre alto y robusto,  
De resueltos ademanes,  
De barba gris, aguileña  
Nariz y ojos perspicaces.  
Pisa firme, mira fijo,  
Lleva el cuerpo con buen aire,  
La cabeza alta, y con garbo  
De caballero su traje.



Este es un jubon de paño,  
Sobre el cual ajusta al talle  
Una túnica sin mangas  
Con un ancho talabarte.  
De él un puñal *de merced*  
Pende en un doble tirante,  
Y va una linterna sorda  
Presa en un gancho de encaje.  
Un pantalon frigio viste  
Sus piernas correctas y ágiles,  
Que á la pantorrilla ajusta  
Con finas correas de ante.  
Lleva sobre el hombro izquierdo,  
Haciendo extraño contraste  
Con las demás, una prenda  
Que va mal con su talante:  
Que es la manta ó sudadero  
Que los de á caballo tráen  
Bajo la silla de guerra  
Para que no le maltrate.



Un gorro de piel sin pluma  
Y unos borceguíes árabes  
De este viejo de mi cuento  
Completan el equipaje.

Y el llamarle viejo, no es  
Porque en realidad le cuadre  
Tál adjetivo: no sólo  
No hay en él aún señales  
De decrepitud, sinó  
Que ostenta aún cualidades  
De robustez vigorosa  
Y virilidad pujante.  
Le llamo viejo, primero  
Por once lustros que le hacen  
Blanquear cabellos y barba;  
Pero las canas se sabe  
Que áunque madurez acusan,  
No enfermiza ó débil carne:  
Pues más pronto que los años  
Encanecen los pesares.



Le llamo viejo además  
Porque al ir á presentársele  
Al lector, de un modo ú otro  
Es necesario nombrarle:  
Y el interés de la historia  
No permite á este romance  
Dar de sus héroes los nombres,  
Sinó señas personales.  
Por eso á este llamo el viejo:  
Y á quien no le contentare,  
Que le bautice á su gusto:  
Yo voy con él adelante.

Él, pues, con planta segura  
Sin dudar y sin pararse,  
Siguió hasta donde el arroyo  
Sirve al encinar de márgen:  
Mas al comenzar lo espeso  
De los silvestres breñales,  
Cual si se desorientara  
Detúvose vacilante.



Silbó á sus perros, y á oler  
La manta que lleva dándoles,  
“¡Hús!”, dijo: y sin vacilar  
Partieron los animales.  
Tras ellos bordeó el lindero  
Del embreñado ramaje,  
Hasta el sitio en que de muestra  
Vió á sus lebreles plantarse.  
Fiado en su instinto, al punto  
Luz con la linterna dándose,  
Empezó á hacer del lugar  
El más detenido exámen.  
Las huellas del caballero  
Y del caballo palpables  
Halló en la brecha por ambos  
Abierta en los matorrales.  
Sobre tal rastro podía  
Sólo un ciego descarriarse:  
El paso del caballero  
Era por allí indudable.



Su brazo era poderoso,  
Su hacha pesada y cortante  
Y el corcel de grande empuje,  
Conque el destrozo era grande.  
Del exámen satisfecho  
Y seguro del paraje,  
Cerró el viejo su linterna  
Con intencion de tornarse.  
Silbó á sus perros, mas ellos  
Callaron: volvió á silbarles,  
Y ahullaron desde su puesto,  
Pero sin abandonarle.

—“¡Hola!”, dijo el viejo, “hay caza”,  
Y á los perros acercándose,  
“¡Hús! ¡hús!”, les dijo, y los perros  
En el matorral lanzáronse.  
A poco oyó en la maleza  
Ladridos descomunales,  
Y luego rumor de lucha  
Cual si á una res acosasen.



—“Diablos, ¡qué alimaña es esa!,  
Dijo, á luchar preparándose  
El viejo, tirando al punto  
Del puñal que al cinto träre.  
Mas de pronto y con asombro  
Oyó juramentos y ayes  
De alguno que con sus perros  
En la oscuridad combate.  
Lanzóse al lugar de donde  
El ruido y las voces salen,  
Y á la luz de la linterna  
Vió á un hombre que, revolcándose,  
No impide aunque se defiende  
Que los perros le ataracen,  
Y que ya apenas rebulle  
Entre los dos que de él asen.  
Contúvoles, y poniendo  
La luz y el puñal delante  
De los ojos del caido,  
Le dijo resuelto “¡dáte!,



—“Me doy,, respondió el que en tierra  
Mohino y mordido yace,

“Me doy: tened vuestras bestias,

“Y á levantar ayudadme.,,

—“No te menées: espera

“Que piés y manos te amarre.,,

—“¡Eso nó!., —“Pues cenarán  
Carne mis perros., —.....“Atadme.,,

Dejó el del castillo en tierra

La luz: bufó de coraje

El derribado entre aquel

Y sus lebreles mirándose.

Con un cordon del justillo

Le ató el viejo los pulgares

Á la espalda, y con el cinto

Le dijo los piés atándole:

—“Por amor sólo ó por odio

“Lo que tú hacias se hace:

“Tú sigues la pista á un hombre;

“Pues le buscas, quién és sabes.,,



Calló el atado; y el viejo  
De hito en hito contemplándole  
Volvió á decir, así diálogo  
Entre los dos entablándose:

—“Ó me respondes, ó dejo  
“Que mis lebreles te masquen  
“El corazon., —“¡Más valiera!,  
—“¡No bravées!., —“No amenace:  
“Dar carne cristiana á perros  
“Es un pensamiento infame.,  
—“Y será un hecho. ¿Respondes?.,  
—“¡Maldígaos Dios!..... preguntadme.,  
—“¿Quién es el hombre á quien sigues?.,  
—“Un varon de alto linaje.,  
—“¿Cómo viene solo?., —“Huyendo.,  
—“¿De quién?., —“De los catalanes.,  
—“¿Es su enemigo?., —“Es quien lleva  
“De un partido el estandarte.,  
—“¿De cuál?., —“Del que en él tremola  
“Los blasones imperiales.,



—“¿Y á cuál sirves?,, —“Á ninguno.,,

—“No rodées ni dilates

“Tu relacion: necesito

“Saberlo todo; despáchate.,,

—“Oid, pues., —“Habla más bajo.,,

—“¿Hay quien nos oiga?,, —“¡Quién sabe!,,

“Dicen que oyen las paredes,

“Bien pueden oir los árboles.,,

Puso el viejo sus lebreles

Del caido por guardianes;

Mató la luz, y á su lado

Desnudo el puñal sentándose,

Colocó su atento oido

Tan cerca del relatante,

Que su relacion no estuvo

Más que del viejo al alcance.

Sobre ella se estendió el ruido

Misterioso, indescifrable,

Fantástico y melancólico

Que exhala de noche el aire.



Ese són, conjunto vago  
De esos rumores errantes,  
De esos gérmenes de ruido,  
Cuyos miles de millares  
Componen la voz de Dios  
Que en las tinieblas se esparce:  
Y la llamamos silencio  
Por no comprender sus frases.

Alguna vez husmearon  
Y ventearon los canes  
Algo que en la oscuridad  
Debió acaso avizorarles:  
Mas se engañaron sin duda,  
Pues tornando á adormilarse,  
Tornó á envolver el silencio  
La escena y los personajes.

---



## IV

Al medio día siguiente,  
Del castillo en una cámara  
Que alumbran con luz espléndida  
Dos bizantinas ventanas,  
Ponen fin á la primera  
Comida de la mañana  
Los comensales y el huésped  
De la misteriosa dama.  
Al rededor de la mesa  
Y del caballero, se halla  
Cuanto forma su familia  
Y la encadena á la humana.  
Entre ella y el caballero,  
Los dos mancebos que, á caza  
Yendo con ella, volvian  
Con ella cuando él llegaba,



Con muda atención están  
Pendientes de sus palabras,  
Sin perder una siguiendo  
Las aventuras que narra.  
Entre estos mancebos y ella  
Y dando al huesped la cara,  
Está el misterioso viejo  
Que escucha, medita y calla:  
Y no léjos sus lebreles,  
Que obtienen la confianza  
Y derechos de familia  
Por la ley con que la guardan.  
Mientras los pages retiran  
El servicio y las viandas,  
En su lugar colocando  
Los picheles y las ánforas;  
Mientras que los ministriles  
Guzlas chirimías y arpas  
Recogiendo, el aposento  
Á abandonar se preparan:



Y miéntras los comensales  
Oyen y el huésped relata,  
En pié le escucha y contempla  
La graciosa castellana.  
Ésta que, áun niña, atropella  
La cortesanía falsa  
Que á las conveniencias y usos  
De la sociedad se adapta,  
Aun hace como una niña  
Los honores de su casa;  
Y como obsequiosa, inquieta,  
Da, pide, dispone y manda  
Á los pages los objetos,  
Que á la bizantina sala  
Desde la repostería  
Por un caracol la bajan.  
Benévola, como amigos  
Á sus servidores trata;  
Porque todos ellos siervos  
Ó hijos de los de su raza,



Ó la han, viejos hoy, en brazos  
Mecido cuando mamaba,  
Ó han sido, niños cuando ella,  
Sus compañeros de infancia.

Y ahora que están todos juntos  
En buen lugar y á luz clara,  
Mientras que la servidumbre  
Va despejando la estancia,  
Vamos de mis personajes  
Las figuras y las caras  
Á detallar, dibujándoles  
En cuatro líneas muy rápidas.

Ella..... (y fuera del lector  
Injuriar la perspicacia  
Decirle que de mi cuento  
Es la heroína fantástica)  
Es, sin ser como heroína  
De cuento beldad sin tacha,  
Un modelo primoroso  
De donosura y de gracia.



Quiebran la luz sus cabellos  
Castaños de oro con ráfagas,  
Que orlan su cabeza á veces  
Como una aureola santa.  
La paz va escrita en su frente,  
El pudor en sus miradas,  
Y conserva en su sonrisa  
La candidez de la infancia.  
Esta es t n franca y alegre  
Que torna en cielo su cara;  
Cielo que alumbran sus ojos  
Como luceros del alba.  
Su piel, cual de la azucena  
La hoja, aterciopelada,  
Unida, tersa y sin pecas,  
Es intensamente blanca.  
Bajo ella, como los juncos  
Se ven   través del agua,  
La red sutil se percibe  
De sus venas azuladas:



Y en la modesta caída  
De sus párpados de nácar,  
Las niñas transparentándose  
Parece que se la manchan.  
Sus facciones son tan móviles  
Y su espresion es tan vária,  
Que de semblante parece  
Que con cada afecto cambia.  
Su cabeza va en su cuello  
Con gentileza gallarda,  
Y sus hombros se derriban  
Airosamente en su espalda.  
Su estatura, sin esceso,  
Mide más que la mediana,  
Y el conjunto de sus miembros  
La proporcion más exacta.  
Su talle ondea y se cimbra  
Como la miés y las palmas,  
Y al ponerse en movimiento  
Se duda si flota ó anda.



Un ampo como á la nieve  
La circunda, y la acompaña  
Un aroma propio suyo  
Como á las marinas áuras.  
Todo en ella emanaciones  
De virginidad irradia:  
Todo en ella es puro y vírgen,  
Y lo más vírgen es su alma.  
No ha amado nunca: ha vivido,  
Paloma nunca apareada,  
Como en claustral aislamiento,  
Ignorante, libre, cándida:  
Y todo es immaculado,  
Puro cuanto de ella emana;  
Son castos sus pensamientos,  
Su fé y su lengua son castas.  
Sus ideas en periodos  
Tan sin artificio vácia,  
Que hablar con ella es sentir  
Correr una fuente mansa,



Y al brotar la melodía  
De su voz en su garganta,  
Su boca parece nido  
De ruiseñores que cantan.

El caballero es un hombre  
Que en los siete lustros raya,  
Y cuya belleza es tipo  
De varonil elegancia.  
El movimiento á sus miembros  
Lo fácilmente que manda,  
La agilidad y la fuerza  
Que hay en su cuerpo señala.  
Su cabeza desdeñosa,  
Naturalmente elevada,  
Revela que ante muy pocos  
Y pocas veces la baja:  
Pero la benevolencia  
De que procura impregnarla  
Quita á su faz lo antipático  
De una cervíz engallada.



Sus modales algo lánguidos  
Y su tez un poco pálida,  
De vigiliass ó pasiones  
La historia en su rostro marcan.  
Por cortesano sus aires  
Señoriles le delatan,  
Y todo en él por sus hábitos  
Cortesaniles agrada;  
Y alegre su compañía,  
Su conversacion encanta,  
Con sus frases favorece  
Y las voluntades gana.  
En el trovar es maestro;  
De cetrería y de caza  
Sabe secretos que sólo  
Príncipes tal vez alcanzan:  
Y en sus pláticas sus raros  
Conocimientos engarza  
Con tal discrecion, que instruyen  
Sin pretenderlo sus pláticas.









Drawn by Gustave Doré.

Engraved by H. Robinson.







EL CASTILLO DE WÁIFRO.

---

PÁGINA 97.

*La conversacion dirige,  
Y del mundo con gran práctica,  
Sin preguntar averigua,  
Sin inspeccionar repara.*



Noble sin altanería,  
Franco sin bajeza llana,  
De todos igual parece  
Cuando sobre todos se alza.  
Aun no ha hecho en el castillo  
Más que unas horas de estancia,  
Y en él más que como huésped  
Como familiar se instala:  
La conversacion dirige,  
Y del mundo con gran práctica  
Sin preguntar averigua,  
Sin inspeccionar repara.  
Dos horas há ya que tiene  
Á la linda castellana  
Y á sus gentes de sus labios  
Pendientes y embelesadas;  
Y á pesar de haberles dado  
Detalles de una batalla  
En que han sido él y sus huestes  
Derrotado y dispersadas,



Tras de dos horas, en suma,  
Aun de sí no ha dicho nada,  
Ni ha revelado su nombre,  
Ni su empresa, ni su patria.  
Noble, sagaz, poderoso,  
Versado en letras y en armas,  
Maestro en amor acaso  
Como en guerra y diplomacia,  
Tal vez cae en el castillo  
Como entre alondras el águila.  
Tal vez su venida pese  
Á la hermosa castellana;  
Porque ella es noble, sencilla,  
Flor silvestre, niña cándida,  
Y él tal vez sus intenciones  
Con sus discursos disfraza;  
Tal vez las espinas cubre  
Con las flores que derrama,  
Y trae la miel en la boca  
Y la ponzoña en el alma.



¿Quién sabe?—Con placer ella  
Sus ojos mantuvo incáuta  
Sobre su faz escuchándole:  
Muchas veces la mirada  
Del narrador con la suya  
Se encontró mientras narraba:  
Muchas veces en su mente  
Evocó ideas extrañas  
Con frases cuyo sentido  
Su sencillez aún no alcanza,  
Y en su corazón vibraron  
Latidos que nunca daba.  
¿Quién sabe?—Poder extraño  
Ejerce la voz humana  
Sobre el corazón: la lengua  
Por el oído le habla,  
Y él por el oído escucha  
La voz que al corazón pasa  
Por él; y en el corazón  
La espera y comprende el alma.



Y la voz del caballero  
Escuchó la castellana;  
Y aquella voz que su oído  
Halagó, como si un arpa  
De sus frases cadenciosas  
La música acompañara,  
Puesto detrás de su oído  
El corazón escuchaba.  
¿Quién sabe?—Del caballero  
Las maneras cortesanas,  
De las gentes del castillo  
Las simpatías se capta.  
Y aprender de él sus secretos  
Los cazadores aguardan;  
El trovador nuevos motes,  
Novedades las muchachas,  
Los dos mozos pasos nuevos  
En equitación y en armas,  
Y todos con él esperan  
En el castillo mudanzas.



Tan solo el viejo sombrío  
Le escucha, contempla y calla;  
Mas no es hombre el caballero  
Que sondar no sepa el agua  
Donde se echa, ni apartar  
De su camino las zarzas,  
Lo mismo que supo abrírsele  
Por la selva con el hacha.

Mientras verbosa, voluble,  
Versátil y calculada  
Su plática á sus oyentes  
Distraía y fascinaba;  
Mientras que de sus modales  
Y sus formas la elegancia  
Mantenia embebecidos  
Á los que le contemplaban,  
Él, observador profundo,  
Recogió al vuelo, escitándolas,  
De todos las impresiones  
Para leer en sus almas.



En la faz de los dos mozos,  
Con el placer dilatándolas,  
Con el terror contrayéndolas  
Para mejor estudiarlas  
En todas sus espresiones,  
Vió claro que eran dos ramas  
Del tronco viejo, dos vástagos  
Que nutre la misma savia.  
Francos, leales, sinceros  
Todavía, si prepara  
Sus corazones el viejo,  
Algun legado de raza  
Para recibir, ó un cargo  
Ya de amor, ya de venganza,  
Su alma aun no le ha recibido  
Aunque á él esté preparada.  
Los mozos, pues, no le inquietan:  
Para una danza de espadas  
Buenos, la materia bruta  
Son de inteligencia escasa.



Mas en la sangre del viejo  
Percibe la perspicacia  
Del caballero un ruin átomo  
Bullir de desconfianza.  
Consumado cazador,  
Al ver la escelente casta  
De sus lebreles, con ellos  
Levantó sagaz la caza.  
Los perros no se han llegado  
Á husmearle, y siempre en guardia  
Pendientes del viejo, están  
De su persona á distancia.  
Lebreles que no olfatean  
Á un extraño ni le ladran,  
Ó ya han venteado su rastro  
Ó mala intencion le guardan.  
El, cazador, sabe bién  
Que un buen perro no se planta  
Uraño ante las caricias  
De cazadores sin causa;



Y él la mano á los lebreles  
Como en accion impensada  
Tendió, sin que ellos mostrasen  
De corresponderle traza.  
Luego han venteado su rastro:  
Y pues no les son simpáticas  
Sus emanaciones, dieron  
Sobre él á sus huellas caza.  
Luego hay de él recelos, y hay  
Prevenciones á él contrarias  
Por el instinto del perro  
Al cazador reveladas.  
Conque ha sido una imprudencia  
En un cazador de práctica  
Dejar que el hombre rastreado  
A los lebreles rastreara.  
Y así, viendo el caballero  
Que ha despejado la estancia  
La servidumbre doméstica,  
Y que el porvenir le empañan



De desconfianza nieblas,  
Que acaso un nublado cuajan,  
Sagaz determinó á tiempo  
Desvanecerlas soplándolas;  
Y despistando del viejo  
La sagacidad taimada,  
De la red que teje á oscuras  
Inutilizar la trama.

Interrumpiéndose, pues,  
Y abandonando su silla,  
Hincó en tierra una rodilla  
De la doncella á los piés:  
Y así, con la gentileza  
De quien la hinca solamente  
Galan y nó reverente  
A los piés de la belleza,  
La dijo, depositando  
Un beso en la mano bella,  
Que besar le dejó ella  
Confusa y casi temblando:



— “Castellana misteriosa,  
“Que en vuestro blanco castillo  
“Pareceis en canastillo  
“De jazmines una rosa,  
“Para bien agradecer  
“Vuestro hospedaje y favor,  
“Debo nombrarme, y mi honor  
“Debe un voto de romper.  
“Hícele de no llevar  
“Mi nombre hasta no vengarle;  
“Mas no es llevarle dejarle  
“De un ángel en el altar.  
“Dignaos, señora, pues  
“Escucharle á solas vos;  
“Y que me perdone Dios  
“Si romper mi voto es.,

Dijo el cortesano: y viendo  
Á dama y viejo indecisos,  
Continuó al punto, sin visos  
De repugnancia, diciendo:



—“Si escucharme en soledad

“Tuviereis por mal consejo,

“Un sacerdote ó un viejo

“Que me oiga con vos mandad.,,

—“Recordad que ayer os dije.,,

Respondió la castellana,

“Que aquí ninguno se afana

“Por saberle, ni os le exige.,,

—“Dignaos vos recordar

“Que darne ofrecisteis uno

“Par al mio: aunque hombre alguno

“Con vos merezca ir al par.

“Y pues de este caballero

“Y de estos mancebos fais,

“La fe que les otorgais

“Tambien otorgarles quiero.

“Aunque mi doble corona

“Debo al poder de Alemania,

“Soy duque de Septimania

“Y conde de Barcelona.



“Las montañas que habitais  
“Están en mi señorío:  
“Y nunca soñé en el mío  
“Eden como el que morais.,,  
    –“Hasta hoy jamás creí ser  
“En tierra ajena vasalla:  
“Mis bosques fueron la valla  
“De todo humano poder.  
    “Paloma mansa, heredera  
“De una audaz raza de halcones,  
“Jamás de mis torreones  
“He quitado su bandera.  
    “Libre viví en el retiro  
“Que heredé de mis abuelos,  
“Y no cuento propios duelos  
“Que me cuesten un suspiro:  
    “Pues, áunque os parezca insania  
“Que maravillaros pueda,  
“En su alcázar os hospeda  
“Genoveva de Aquitania.,,



De su nombre al escuchar  
Los dos la revelacion,  
Su nombre en el corazon  
Quisieron tal vez grabar:

Pues quedaron un momento  
Uno á otro contemplándose,  
Como en pintar ocupándose  
Su faz en el pensamiento.

Y acaso en aquel instante  
Sintieron cruzar por él  
De recuerdos un tropel  
Confuso, vago y errante;

Y puede tal vez el viejo  
Ver cómo los de ambos giran,  
Segun sus ojos les miran  
Por bajo de su entrecejo.

Los dos mancebos.... quizás  
Ven y oyen sin comprender,  
Alcanzado por no haber  
Los turbios tiempos de atrás.



El conde, empero, que explora  
Pronto la tierra que pisa,  
Dijo al fin con la sonrisa  
Mas falsa y fascinadora:

—“Escusadme que me asombre:

“Borrado habian del mapa

“El Emperador y el Papa

“Los Estados que os dan nombre.,”

—“Los han borrado: es un hecho;

“Mas no hay humano poder

“Que de otros padres nacer

“Me haga ya sin mi derecho.,”

—“Ni seré yo quien pretenda

“Disputárosle jamás;

“Quien le mantenga de hoy más

“Por vos seré, aunque os sorprenda.

“Yo soy, porque Dios lo quiso

“Y de la guerra un azar,

“Quien ha venido á turbar

“La paz de este paraiso.



“Vuestra raza está proscrita,  
“Vuestra existencia se ignora;  
“La guerra civil que ahora  
“Nuestro territorio agita,  
    “Yo no sé á quien recordar  
“Hizo que en esta aspereza  
“Habia una fortaleza  
“Que importaba utilizar;  
    “Y hé aquí cómo, imprudente,  
“Vencido en esta campaña,  
“En torno de esta montaña  
“He dado cita á mi gente.  
    “El misterio delicioso  
“Que os ha cercado hasta hoy,  
“Á romper sin culpa voy  
“Y á turbar vuestro reposo.  
    “El aislamiento profundo,  
“Poético, dulce, santo,  
“Que cual por obra de encanto  
“Tal cielo os labró en el mundo,



“Vengo, insensato, á romper;  
“Y os vais á tener que echar  
“Del mundo al revuelto mar,  
“Sus aguas sin conocer.

“Y por fatal consecuencia  
“De mi error involuntario,  
“Profané vuestro santuario  
“É inquieté vuestra existencia;  
“Mas como manchar no quiero  
“Con este baldon mi fama,  
“Si me aceptais, noble dama,  
“Seré vuestro caballero.

“Tengo en la corte favor  
“Y oro en la tierra y poder:  
“Yo sostendré á la mujer  
“Contra el mismo emperador.,,

–“Caballero, pues por tal  
“Os dan tan nobles ofertas,  
“Aunque un evento á mis puertas  
“Os trae para ambos fatal,



“Si un emperador tener  
“Puede á una mujer encono,  
“Su cáusa contra su trono  
“Os fiará la mujer.

“Yo iré á la merced de Dios,  
“Amparo en el soberano  
“A buscar: si obra villano  
“Conmigo, cuento con vos.,

–“Y si su favor no alcanza  
“Vuestro nombre en Aquisgran,  
“Mis huestes le llevarán  
“En el pendon de mi lanza.,

–“Huésped sois en mi castillo:  
“Sólo á vuestra voluntad  
“Puede mi hospitalidad  
“Cerrar ó abrir su rastrillo.

“Obrad, pues, como os importe.,

–“Un servidor mio espero,  
“Y un seguro mensajero  
“Deseo enviar á la corte.



“Aquel debe de seguir  
“Mi rastro como un sabueso,  
“Y éste, si llega á ser preso,  
“Sin hablar debe morir.,,

—“Al esperado aguardad:  
Dijo la dama al anciano,  
“Y á la corte del germano  
“Al que ha de partir buscad.,,

Firme el viejo en su papel,  
Oyó esta órden impasible,  
Mientras echó imperceptible  
Mirada el conde sobre él.

Así por su propia insania  
Ó su tenaz fatalismo,  
Su Eden convirtió en abismo  
Genoveva de Aquitania.

¡Raza de Wáifro precita!  
¡Ni los ángeles que nacen  
De tí, tornar á Dios hacen  
Hácia tí su faz bendita!



## CAPITULO V.

## I.

Antes de espirar el dia  
Se halló y partió el mensajero:  
Mas el que seguir debia  
El rastro del caballero,  
Ya era noche, y no venia.

Y hé aquí la situacion:  
Demostrando cada cual  
Serena satisfaccion,  
Oculta en su corazon  
Algo que en él sienta mal.

Teme el conde haber sin fruto  
Soltado ante el viejo prenda:  
Teme el viejo al conde astuto  
Que, al descuido de un minuto,  
Pondrá el pié sobre su senda.



Teme uno y otro mancebo,  
Al galan conde admirando,  
Que un mundo al abrirles nuevo  
Torne en sombras del Erebo  
La luz de que están gozando.

Siente y teme Genoveva  
Una insólita inquietud  
Que en su corazon se eleva:  
Mas la acaricia y la ceba  
Con ciega solicitud.

Teme algo desconocido  
Que en su interior se despierta,  
Y que jamás ha sentido,  
Y que en su alma del oido  
Se introdujo por la puerta.

Y el secreto al deletrear  
Del alma de la mujer  
El conde y el viejo al par,  
Lée el viejo con gran pesar,  
Y el conde con gran placer.



Por eso á su habitacion  
Al volverse cada cual,  
Llevaba en su corazon  
Algo que le hacia mal:  
Tal era la situacion.

La dama y el conde el dia  
Pasaron juntos: empero  
Aquel que seguir debia  
La pista del caballero,  
Anocheció y no venia.

El conde de Barcelona,  
Que al doble afan avezado  
De la guerra y la corona,  
Nunca olvida ni abandona  
Sus afanes de soldado,

Antes de ir en su aposento  
Comodidad para él  
Á buscar, procuró atento  
Comodidad y alimento  
Para su noble corcel.



Mas por él al procurar,  
Le halló limpio, en buen lugar  
Y sobrado de forraje;  
Y á su aposento al tornar  
Halló á su servicio un paje.

Pero no hay por qué se asombre  
De esmero y cuidado tal;  
Desde que ha dicho su nombre,  
Le han de tratar como á hombre  
De rango tan principal.

Así el paje que le espera  
De su puerta junto al quicio,  
Mancebo al parecer era  
Que estar nada más pudiera  
De príncipes á servicio.

De los dos pajes gentiles  
De Genoveva el mas mozo  
Es: y en sus diez y ocho abriles,  
Aun no descontorna el bozo  
Sus facciones juveniles.



Su tez de frescura llena,  
Sus risueños labios rojos,  
Y la mirada serena  
De sus dos azules ojos,  
Y su abundosa melena,  
Que hace cuadro á su semblante,  
Y la gallarda apostura  
Que dá á su cuerpo elegante  
Los contornos y el talante  
De un modelo de escultura,  
Abogan en su favor  
Tan francamente, que el conde,  
Esperto conocedor,  
Le acogió con el favor  
Que á gracia tal corresponde.

Con él, pues, con rostro ledó  
Así diálogo entabló:

—“¿Qué nombre llevais?,” —“Wifredo.,”

—“¿Y en qué aquí serviros puedo?,”

—“Quien vá á serviros soy yo.,”



—“¿Vos á mí?,” —“Y de buena gana.,,  
—“¿Pláceos, pues, mi compañía?,”  
—“Desde que oí esta mañana  
Quien sois., —“¿Y quién os envia  
Ahora aquí?,” —“La castellana.,,  
—“¿Venís por su órden espresa?,”  
—“No hay quien órdenes me dé  
“Aquí más que la duquesa:  
“Mas si, como temo, os pesa  
“De mi venida.....,” —“¡No, á fé!  
“Ni sé paje tan gentil  
“Cómo de admitir me escuse,  
“Ni siendo órden mujeril,  
“Cómo sin ser incivil,  
“Obedecerla rehuse.,,

Y así hablando, en él tenia  
Fija el conde su mirada:  
Que él tranquilo sostenia,  
Aunque el rubor encendia  
Su tez aterciopelada.



Siguió el conde de hito en hito  
Mirando un trecho al doncel:  
Y con su tacto esquisito  
Vió en su faz el sobrescrito  
De un alma sincera y fiel.

Mas como jamás se fia  
De solo un buen parecer  
Ni de amistades de un dia,  
No osó en su cuarto un espia  
La primer noche meter.

Con gracia, pués, soberana  
De soberano artificio,  
Le dijo: —“Á la castellana  
“Decid, que vuestro servicio  
“Acepto..... para mañana.

“Que hoy, errante aventurero,  
“No irá bien á mi persona  
“Un tan apuesto escudero:  
“Mas que os acepto y os quiero  
“Paje mio en Barcelona.,,



“Y como en ella que entrar  
“Tendremos con lanza en ristre,  
“Buena ocasion de ganar  
“En mi campo buen lugar  
“Podrá ser que os suministre.,”

Y con el más cortesano  
Ademan y lisonjera  
Sonrisa, le dió la mano;  
Y de tal repulsa ufano  
Tomó el mozo la escalera.

Cerró, y en su pensamiento  
Se dijo el conde: –“No hay dolo  
“En él: mas en mi aposento  
“Quiero de noche estar solo.  
“Veamos mi alojamiento.,”

Del de la noche anterior  
Era su cuarto distinto:  
Mas le da con ser mejor  
Muestra de estima mayor  
Quien le hospeda en su recinto.



Abrió almaros y alacenas;  
Las alacenas y almaros  
Halló provistos y llenas;  
Y aún más de los necesarios  
Trastos ricos, ropas buenas;  
    Cuantos útiles de lujo  
La moda ideaba ya;  
Con los que Europa produjo,  
Cuantos el moro introdujo  
Desde que en España está.  
    Respira luz, alegría,  
Todo en aquella mansion,  
Frescura y coquetería:  
Chinesca tapicería  
En lecho, puerta y balcon.  
    Porcelana, argentería  
Y flores en profusion;  
Alguna hada parecía  
Que de pasar concluía  
Por aquella habitacion.



La armadura colocada  
En su percha en un rincón,  
Pulida y encubertada;  
Nueva y recién encordada  
Un arpa junto al balcón.

Reclinatorio á cincel  
Trabajado junto al lecho:  
Y un gótico orario en él,  
Donde primores ha hecho  
De miniatura el pincel.

La lámpara perfumada,  
El espléndido bordado  
Que orla la colcha y almohada.....  
Todo muestra de aquella hada  
Invisible los cuidados.

Todo lo repara el conde  
Y á todo su precio dá;  
Puesto que no se le esconde  
De dónde viene y á dónde  
Esmero tan nímio va.



Mas por si de su balcon  
Hay otro balcon en frente,  
Desde el cual una atencion  
Curiosa tenga ocasion  
De acecharle ocultamente,  
Se acordó á su barandaje,  
Distraido al parecer;  
Mas registrando el paraje  
Sobre el cual de su hospedaje  
Van las luces á caer.

Es una torre cuadrada  
De aquella fábrica inmensa,  
Por dos lienzos flanqueada  
De una galería arqueada  
Que corona el muro estenso.

De un adarve, convertido  
De la torre al pié, en jardin,  
En rachas de aire perdido  
Le envian su olor subido  
La retama y el jazmin.



Al cabo de ambas arcadas,  
Dos torres como la suya  
Se ven á otras enlazadas,  
Cuya hilera sus miradas  
No alcanzan donde concluya.

Al frente tender podía  
La vista por sobre el lago,  
Á través de la sombría  
Calígene que tupía  
El azul del aire vago.

La luna, que ya puntea  
Al horizonte, allá..... lejos,  
La cresta calva platea  
Del monte en que titubea  
Con luz pobre de reflejos.

La vista en el valle acota  
Sobre el lago allá en la hondura  
Masa de niebla que flota,  
Á trechos del bosque rota  
Entre la informe espesura.



Todo es calma en derredor:  
No hay voz ni són que devuelva  
El eco remedador:  
Sólo trina allá en la selva  
Muy lejano un ruiseñor.

Mas cada torre vecina  
Luz tiene en una ventana:  
Y de una tras la cortina,  
No la ve, mas adivina  
El conde á la castellana.

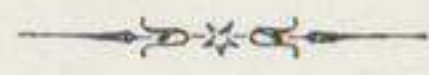
Y por si su voz llegar  
Hasta lá en que vela puede,  
Su voz se resuelve á enviar  
Á entrambas en un cantar,  
Aunque en el aire se quede.

. Diciéndose, pues:—“Es llano  
“Que no han de haber puesto aquí  
“Tan buen instrumento en vano.,,  
Puso en el arpa la mano,  
Floreó el tono, y cantó así:



## MOTE.

*Sal á ser sol, estrellita:  
reina á ser, zagala, sal;  
sé magnólia, bellorita:  
fuentecita, sé raudal.*



No preguntes á mi acento  
Por el viento dónde va:  
Si tu alma no halla abierta  
¿A qué puerta llamará?

Azucena  
De ámbar llena,  
Cuyo aroma  
Vida dá,  
Mi existencia  
De la esencia  
Que en tí toma  
Llena está.

Mi existencia en adelante  
De tu esencia vivirá;  
Y en tu ausencia mi alma amante  
Á presencia tuya irá.

Tu fé sola  
La sostiene,  
La acrisola,  
La mantiene

Como lluvia de maná;  
Y en tí mi alma  
Su luz tiene,  
Mariposa  
Revoltosa

Que en tu llama se entretiene,  
Y afanosa  
Vuela, gira,  
Se detiene,  
Se retira,  
Y á tí viene  
Y á tí va.



Blanca rosa, nacarina  
Y aromosa, que se inclina  
De la móvil agua ondosa  
Sobre el líquido fugaz,

Cuya grata, peregrina,  
Pudorosa, casta faz,  
De su plata cristalina  
Se retrata sobre el haz;

Y á quien brisas  
Y áuras suaves  
Van sumisas  
Á arrullar,  
Y ondas, yerbas,  
Algas y aves,  
Como siervas  
Á besar;

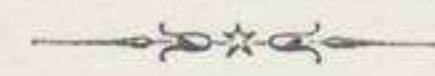
Sal, señora á tu ventana  
Mis acentos á escuchar,  
Y abre tu alma, castellana,  
Á mi amor y á mi cantar.

Sal aurora  
De mi cielo,  
Fé y consuelo  
Venme á dar:  
Sal, señuelo  
De esperanza,  
Dó mi anhelo  
Sólo alcanza

Luz y puerto desde el mar.

Sal, estrella rutilante,  
Y en el áura matinal  
De tu amor manda á tu amante  
El rocío celestial.

Transfigúrate á mi acento,  
Colibrí primaveral,  
Y bajo otro firmamento  
Ven á ser neblí condal,  
Ven: verás que da mi aliento  
Á tu vuelo viento tal,  
Que podrás cortar el viento  
Al del águila imperial.



## MOTE.

*Sal á ser sol, estrellita:  
reina á ser, zagala, sal;  
sé magnólia, bellorita:  
fuentecita, sé raudal.*



## MOTE.

*Sal á ser sol, estrellita;  
reina á ser, zagala, sal;  
sé magnólia, bellorita:  
fuentecita, sé raudal.*



No preguntes á quién llama  
Ni reclama mi cantar:  
Si á él tu alma no está abierta,  
Á tu puerta va á espirar.

Filomena  
De amor llena,  
Que suspiros  
De amor dá  
Y anchos giros  
Tras de otra ave,  
Y aún no sabe  
Dónde está:

Ya no pías sin reposo,  
Que tu esposo ya á tí va:  
No le envías por el viento  
Un lamento inútil ya.

Tu fé sola  
Se sostiene,  
Se acrisola,  
Se mantiene

De esperanzas con maná:

Pero tu alma  
Luz ya tiene,  
Y amorosa  
Mariposa

Que en su llama se entretiene,

Afanosa  
Torna, gira,  
Se detiene,  
Se retira,  
De ella viene  
Y á ella va.



Vagarosa golondrina  
De sedosa pluma fina,  
Que la móvil agua ondosa  
Rasas rápida y fugaz;

Silfo vago que haces nido  
De florido rosal fresco,  
Que de un lago pintoresco  
Te columpia sobre el haz;

Y á quien brisas  
Y áuras suaves  
Van sumisas  
Á arrullar,  
Y ondas, yerbas,  
Algas y aves  
Como siervas  
Á besar:

Desde el cáliz de tu rosa  
Nido, tienda y barco al par.....  
Abre tu alma ¡oh hada hermosa!  
Á mi amor y á mi cantar.

Sal, paloma,  
De tu nido;  
Sal sin ruido,  
Sin luz sal:  
Y atrevido  
Vuelo toma,  
Y el tendido  
Viento doma

Como el águila caudal.

Sal, y en brazos que te cierna  
El deshecho vendaval,  
Cuando le hace la ira eterna  
De sus rayos arsenal.

Transfigúrate á mi acento  
Rruiseñor primaveral,  
Y bajo otro firmamento  
Ven á ser águila real:  
Y verás que da mi aliento  
Á tu vuelo viento tal,  
Que tu vuelo corta el viento  
Al del águila imperial.



## MOTE.

*Sal á ser sol, estrellita:  
reina á ser, zagala, sal;  
sé magnólia, bellorita:  
fuentecita, sé raudal.*



Así el cantar concluido,  
Sostuvo el último són  
Del mote en él repetido,  
Mientras, atentos oído  
Y ojo, salía al balcon.

Miró á las torres: no habia  
Luz en sus ventanas ya;  
Pero su voz todavia  
Vibrar por el viento oia  
Donde apagándose va,

Cuando á lo lejos el hueco  
De la atmósfera rasgó  
Agudo, rápido, seco,  
De su cantar como un eco,  
Un grito que le asombró.

En el barandal de pecho,  
Como dos carbunclos rojos  
Los ojos, y un arco hecho,  
Miró y escuchó buen trecho,  
Todo oídos, todo ojos.



Irguiéndose de repente,  
Y aspirando fuertemente,  
Pujante, seco, bravío,  
Lanzó un grito en el vacío  
Á modo de una serpiente.

Desgarró el viento su agudo,  
Salvaje y extraño acento:  
Y tras un instante mudo,  
Le devolvió agreste y rudo  
Su voz de serpiente el viento.

—“¡El es!,” exclamó: y calándose  
Sobre el birrete el capuz  
De la malla, apoderándose  
Del hacha, salió llevándose  
Del aposento la luz.

---



## II.

Y alumbrándose los pasos  
Con su móvil resplandor,  
Bajaba por el estrecho  
Y empinado caracol,  
Cuando como ecos del suyo  
Los de otro paso sintió,  
Que, á su descenso, emprendía  
De la espiral la ascension.  
—“¿Quién sube?,” dijo. —“¿Quién baja?,”  
Repuso abajo otra voz.  
—“El conde de Barcelona:  
“Y vos que subís, ¿quién sois?,”  
—“Iba á buscaros: mas vuélvome  
Y abajo espero.” —“Allá voy.”,  
É hicieron lo que decían  
Al mismo tiempo los dos.



Percibió, pues, del de abajo  
El conde la evolucion,  
Y sus pasos ascendentes  
Que descendian sintió.  
Oyó al par el que subia,  
Tornando á bajar, el són  
De las pisadas del conde  
Que bajaba de él en pós:  
Y al salir de la escalera  
Por el postigo inferior,  
Vió el conde al viejo esperándole  
Con sus perros y un farol.

Al ver al conde, dejaron  
Oír amenazador  
Los perros sordo gruñido,  
Que el viejo imperioso ahogó:  
Y el conde, sin dar señales  
De apercibirse del són  
Del gruñido hostil, el diálogo  
Así con su amo entabló:



— “¿Ibais á buscarme?,” — “Sí,  
“Señor.,” — “¿Qué es lo que ocasion  
“Á vuestra visita daba?,”

— “Pues bajais armado vos,  
“La ocasion de mi subida

“Debe de ser la razon

“De vuestra bajada.,” — “Iba

“Tambien á buscaros yo

“Para que abrirme mandarais

“Un postigo: al campo voy.,”

— “Para ir al campo os buscaba;

“Oí que á vuestra cancion

“Contestaba un grito extraño.,”

— “El de una serpiente. Dios

“Me dió esa gracia: las bestias

“Alzan su voz á mi voz.,”

— “Es don raro.,” — “Vuestros perros

“La prueba evidente son

“De que le tengo: cuando hablo,

“Gruñen.,” — “Estrano les sois.,”



—“¿Estraño?„ ¡Bah! haber demuestran

“Recibido educacion,

“Y no pueden estrañarme

“Despues de un dia que estoy

“Aquí con vosotros: conque

“Si de mis huellas en pós

“No han corrido, es positivo

“Que tengo ese estraño don.,,

Y esto dicho, al parecer

Con la candidez mayor

Del mundo, clavó en el viejo

El conde su ojo de halcon:

Y á su vez con aire cándido

El viejo no pestañeó,

Como si nada entendiera

De semejante alusion.

—“¿Vamos?„ dijo el conde. —“Vamos.,,

Respondió el viejo: y en pós

Echando el uno del otro,

Uno y otro corredor



En silencio atravesaron,  
Y uno y otro caracol  
Descendieron, hasta dar  
De la muralla exterior  
En el cubo embovedado  
Del macizo torreón,  
En donde mora el vija  
Del rastrillo guardador.

A la voz del viejo el aspa  
Aquel desapalancó,  
Y el rastrillo con el puente  
Moviendo en combinacion,  
El paso por sobre el foso  
Puso franco ante los dos.  
Mas en el opuesto encaje  
No bien el puente tocó,  
Un hombre que allá esperaba  
Metióse por él veloz,  
Y el conde y él se dijeron:

—“¿Todo está?,” —“Todo, señor.,”



Antes que sobre él pudieran  
Los perros abalanzarse,  
El conde con brazo hercúleo  
Les asió por los collares:  
Y el viejo, en sus manos viéndoles,  
Acudió al punto á amansarles,  
Comprendiendo bien que el conde  
Es capaz de estrangulárseles.

—“Hé aquí el hombre que esperaba;,,

Dijo éste al viejo soltándoles:

“Acostumbrad vuestros perros

“A que á mis gentes no ladren:

“Porque hay cerca huestes mias,

“Y hombres en ella capaces

“De soltarles una flecha,

“Con lobos equivocándoles.,,

—“Los perros tienen su instinto,,

Dijo el viejo sin turbarse,

“Y ladran al forastero,

“De su amo y casa guardianes:



“Pero si tienen palabra

“Los varones de linaje,

“Yo espero que vuestras huestes

“No entrarán en nuestro valle.,,

–“En cuanto sepa las nuevas

“Que este escudero me trae,

“Yo veré á la castellana

“Y se hará lo que ella mande.

“Cuidad vos de vuestros perros,

“Que yo hallaré por mi parte

“Modo de que mis palabras

“Vayan con mis hechos pares.,,

Tal diciendo al viejo el conde

Y las espaldas tornándole,

Tomó á su torre la vuelta

De su escudero delante:

Y tal escuchando el viejo,

Libre del conde mirándose,

Salió aprisa del castillo,

Que tras él volvió á cerrarse.



Y de su aposento el conde  
Dando una vuelta á la llave,  
Á solas con su escudero  
Cambió estas rápidas frases:

—“¿El Emperador?,” —“Da á su hijo  
“Pepino sus facultades;  
“Y éste cruza la Provenza  
“Con vos y Ayzon á abocarse.,,

—“¿Y Ayzon?,” —“Les llamó en su ayuda  
“Y es víctima de los árabes:  
“Riñeron por el botin  
“Y le abandonan robándole.,,

—“¿Se le han vuelto?,” —“Ya está solo.,,  
—“¿No podrá pues presentarse  
“Connmigo al rey?,” —“No.,, —“¿Tampoco  
“Podrá esperar nuestro ataque  
“Con ventaja en Barcelona?.,,

—“Imposible: sus parciales  
“Engruesan ya vuestras huestes  
“Á nuestro campo pasándose.



—“Nuestra derrota es un triunfo.,”

—“Si sabeis aprovecharle.,”

—“¿Cuántos somos?., —“Cinco mil

“Acampán en los breñales

“Al pié del monte, y seiscientos

“Ginetes con vuestros pajes

“Y escuderos con la cerca

“De maleza tocan cuasi.,”

—“Que no la pasen., —“Ninguno

“Lo que hay detrás de ella sabe.,”

—“¿La emperatriz?., —“En el claustro.

“Y dispensad: su mensaje

“Vió Ayzon primero que vos.,”

—“Yo no le he visto., —“Á enseñársele

“Fué Láimo, y vino escoltado

“Por él hasta estos parajes.,”

—“¡Traidor!., —“Él por vuestro rastro

“Vino, y yo vine espíándole.,”

—“¿Por qué no le diste muerte?.,

—“Porque cuando á los alcances



“Le iba, le dió otro caza  
“Como á una bestia salvaje.,,  
    –“¿Quién?., –“Ese que quedó abajo  
“Con sus lebreles. Los árboles  
“Me libraron á mí de ellos;.,  
    –“¿Cómo?., –“Tiempo sin dejarles  
“Para ventear mi rastro  
“Con Láimo en lucha dejándoles,  
“Pude en salvo, como un pájaro  
“Á una encina encaramándome,  
“Sentir oculto en las ramas,  
“Cómo sobre Láimo echándose,  
“Se le entregaron rendido:  
“Y á su gusto maniatándole  
“Ese viejo, que es un hércules,  
“Cargó, tras de confesarle,  
“Con él en hombros., –“¿Por qué  
“Entonces no les lanzastes  
“Un dardo que les cruzara.  
“A los dos?., –“Porque el ramaje



“Y la oscuridad hacian

“Mi tiro incierto, y matándoles

“No podriais sus secretos

“Arrancar á sus cadáveres.

“Volví sobre vuestro rastro

“De nuestra gente á ampararme,

“Para hallaros á la fuerza

“Si la astucia no bastase.

“La aposté, y otra vez solo

“Al castillo aproximándome,

“Os oí, con mi silbido

“Hice eco á vuestros cantares,

“Oí el vuestro y llegué al puente

“Al caer este en sus pilares.,,

– “Ahora comprendo de ese hombre

“El aplomo inexplicable:

“Todo lo sabe por Láimo,

“Mas que yo lo sé no sabe.

“Paulo, á partir volverás

“Antes de que el dia raye.,,



## III

Dulces afanes del amor primero  
Vírgenes y sabrosas sensaciones  
Que, al invadir el corazón sincero  
De una doncella casta, de ilusiones  
Santas henchís su corazón entero  
¿Cómo entráis en su alma? ¿Cómo de ella  
Señores os haceis, y desde el punto  
En que el alma asaltáis de una doncella,  
Toda su vida entera es un conjunto  
De esperanzas, recuerdos y temores,  
Que del primer amor la imagen bella  
Do quier la muestran entre luz y flores?  
Por donde quiera que sus ojos vuelva,  
Con el vago poder del pensamiento,  
En la sombra, en la luz, como elemento  
Único de su ser, la trae el viento



Con el rumor del mar ó de la selva  
La bella imágen, el sonoro nombre,  
La fé leal del corazon de un hombre.  
Su ansioso corazon, su oido atento,  
Su mirada voraz, tan solamente  
Con afan delirante  
En cuanto abarca en el azul ambiente  
Su enamorado pensamiento errante,  
La faz contempla de su amor ausente,  
Las frases oye de su voz amante  
Y el són lejano de sus pasos siente.  
¿Por qué impregnan de amor el mundo entero  
Las sensaciones del amor primero?  
Dios lo sabe no más, que el amor hizo  
Para el alma del hombre, y que absoluto  
Le da para él inesplicable hechizo,  
Deleite espiritual que niega al bruto.  
Porque el amor del corazon humano,  
Chispa encendida en el amor divino,  
No es el instinto irracional, villano,



Ciego, torpe, brutal, loco y sin tino  
Que á un placer material sólo conduce,  
Instinto que las razas reproduce.  
Dios inspira otro amor al alma humana:  
Gérmen de mútua fé, que en dos encierra  
Para que encuentren dos un alma hermana  
Que acompañe su viaje por la tierra,  
Dejan de la existencia en el camino  
Con sus besos de amor alimentados  
Y en la agua de sus lágrimas bañados,  
Hijos de su alma, que en su sér divino  
El gérmen puro de su amor reciben,  
Y en el que fueron engendrados viven.  
Por eso es siempre nuestro amor primero  
Casto, infantil, poético y sincero.

La sociedad hipócrita, mundana,  
Es quien de esta pasion santa y serena  
El gérmen vicia y el altar profana  
Y del amor los frutos envenena.  
Siempre el primer amor, rosa temprana



De fé y aroma de inocencia llena,  
Marchita á poco de nacer se inclina,  
Y en el alma no más deja una espina.

Nunca primer amor fué bien logrado  
Para esas nobles almas, cuya esencia  
Es ese amor por Dios inoculado  
En el gérmen vital de su existencia.  
Los que ese único amor sólo conciben,  
Los que para ese amor único viven  
En la tierra, al sentir su flor marchita,  
Vuelven de esa pasion la fe infinita  
Á Dios, de cuyas manos la reciben:  
Siempre es fin de este amor, de fe misterio,  
La desesperacion ó el monasterio.

Genoveva en su espíritu sentia  
Brotar ese amor único, exclusivo;  
Cuadro de flores, luz y poesía  
De irresistible y mágico atractivo,  
Panorama de flores sin abrojos  
Puesto por vez primera ante sus ojos.



En ese estado plácido, halagüeño  
En que entregada el ánima tranquila  
De la vigilia á la merced y el sueño,  
Suspensa en brazos de los dos oscila,  
Veia al conde por él, sola figura  
Animada del cuadro, atravesando  
Su fantástico Eden, de una ventura  
Imaginaria un porvenir labrando:  
Y risueña, gentil, aérea, errante,  
Cambiaba por la atmósfera flotando,  
De forma y de lugar á cada instante.  
    Á través de los párpados cerrados  
De la amante doncella las pupilas,  
De sus futuros dias enlazados  
Sólo con horas de placer tranquilas,  
Veia al conde por el campo ameno  
Adelantarse rápido y sereno,  
Como maná de bendicion vertiéndolas  
Por la tierra feliz de sus estados,  
Que en los deleites de la paz perdiéndolas



Convertíanse en huertos encantados  
En cuyos frescos árboles floridos  
Colgaban, columpiándose, sus nidos  
Colibrís, cardenales y oropéndolas.  
Y la imágen del conde vagarosa,  
Mil veces por do quier reproducida,  
Iba con hebras ténues de oro y rosa  
Tejiendo el hilo de su doble vida;  
Porque ella iba tras él entre las flores  
En la sonora vibracion mecida  
Del dulce són de un cántico de amores  
Que el conde, reclamándola, entonaba  
Y un ángel con un arpa acompañaba.  
Y de delirio tal en el empeño,  
Y con el sueño y la vigilia en lucha,  
Cediendo un punto á la vigilia el sueño,  
Los sentidos cobrando, crée que escucha  
De lejano cantar són halagüeño;  
Y segun de su sér va siendo dueña,  
Convenciéndose va de que no sueña.



Salta del lecho, el pabellon descorre  
Que la ventana gótica tapiza,  
Y al divisar desde su enhiesta torre  
La torre fronteriza  
Donde su huésped mora,  
Siente venir desde ella á su aposento  
El són de su arpa y de su voz sonora,  
Que la trae una ráfaga incolora,  
Suave suspiro del dormido viento.  
Áura que aroma y que refresca el lago,  
Y que á la par que de su faz orea  
La fina piel con cariñoso halago  
Y en sus revueltos rizos juguetea,  
A sus oidos la cancion conduce,  
Y el corazon amante la recrea,  
Y el veneno en el alma la introduce  
De ese primer amor jamás dichoso:  
Poética pasion, de fé misterio,  
Á la que solo dan paz y reposo  
En la tierra el panteon ó el monasterio.



De ese primer amor la sávia nueva  
Que dentro de su sér circular siente,  
Deja que se introduzca Genoveva  
Y que en su amante corazon fermente.  
No ve que se le brinda, como á Eva  
El pecado primero, una serpiente;  
Que amor cuando en el alma se introduce  
Locura en ella y ceguedad produce.

---

¡Raza infeliz de Wáifro, que se olvida  
De que Dios de sus madres en el seno  
Á sus hijos maldice, y que su vida  
Con su leche al nutrir les dan veneno,  
Y que su ódio y su amor deben lo mismo  
Abrir bajo sus pasos un abismo!

---

¡Raza infeliz de Wáifro! Genoveva,  
La última flor que das en tus montañas,  
El fatalismo de tu sino lleva  
Con su primer amor en sus entrañas.



Aquella noche por la vez primera  
De la dama turbaron el reposo,  
Pasando en larga y silenciosa hilera  
Y en giro interminable y vagaroso  
Por su imaginacion las mil visiones,  
Quimeras, esperanzas é ilusiones  
Con que de una pasion el primer dia  
Llena el alma dejándola vacía:  
Que al hacerse el amor del alma dueño  
Enjendra la inquietud, ahuyenta el sueño.  
Las palabras del cántico amoroso,  
Á las cuales hizo eco la bravía  
Y única nota del salvaje acento  
Que introdujo en su cámara sombría  
Desgarrada una ráfaga del viento,  
Exaltaron después su fantasía  
Con el vago temor de algun evento,  
Á cuya indagacion en horas tales  
Su decoro entregarse la impedia.  
Así fué que leyendo y releyendo



Y volviendo á leer las desiguales  
Páginas, y en su afan las hojas sueltas  
De aquel poema de su amor uniendo  
Y rompiendo una y cien, mil y mil veces,  
Con su amor en su lecho anduvo á vueltas  
Y olvidó acaso sus nocturnas preces:  
Cuando en un corazon amor se anida,  
De sí mismo y de Dios por él se olvida.

Febril, inquieta, insomne y anhelosa,  
Y sin darse razon de la impaciencia  
Que así la agita el pecho,  
Pálida, fatigada y ojerosa,  
Con estrellas aún saltó del lecho.  
Despertó á su nodriza  
Que duerme en una cámara inmediata;  
Y como muchachuela antojadiza  
Que de su humor escéntrico desata  
El raudal, y con hechos y con dichos  
Muestra que obra víctima insensata  
Á impulso y á merced de sus caprichos,



Mandó por primer vez con aspereza  
Enjaezar su yegua áun fatigada,  
Desvelar á sus pajes áun dormidos;  
Se quejó de la inercia y la pereza  
De los de quien, por ella preferidos,  
Deberia de ser más contemplada,  
Estrañando que duerman todavia:  
Aunque por más que esté muy avanzada  
La noche y por la luna iluminada,  
Aun está lejos y á clarear no empieza  
La ansiada luz del venidero dia.

Por la primera vez de su existencia  
Tal vez, mientras á solas se vestia,  
Dió señales de insólita impaciencia  
Casi sintiendo impulsos de coraje  
Mientras, equivocadas, se vestia  
Las conocidas prendas de su traje.  
Acciones y propósitos estraños,  
Que la nodriza ve y oye espantada  
Tambien por vez primera en tántos años;



Y de los cuales viendo el sesgo sério,  
El intérprete á ser mustia y callada  
Partió, sin darse cuenta del misterio  
De esta acritud y desusado imperio.

Genoveva salió tras de su huella  
Y á aguardar en el patio fué impaciente  
Su yegua enjaezada: montó en ella,  
Y sola y en silencio cruzó el puente;  
Mientras su servidumbre soñolienta  
Buscaba al conde y al sombrío viejo,  
De tal salida para darles cuenta  
Y demandarles órden y consejo.  
Mas el viejo y el conde habian partido,  
Con sus perros aquel, y acompañado  
Éste del escudero que á un silbido  
Suyo se apareció como evocado.

---



## IV.

¿Qué busca, qué desea y á dónde vá?— ¡Quién sabe!  
Entorno de su jaula girando sin cesar,  
Dó hacer el primer nido se ve buscar á un ave  
Á quien, aislada, agita su instinto de anidar.

¿Qué busca, qué desea y á dónde vá?— La clave  
De la inquietud de un alma que necesita amar  
La tiene Dios, que guarda del corazon la llave  
Y á la mujer y al ave crió para anidar.

Y lágrimas sin causa, temor sin fundamento,  
Irritacion injusta, voluble voluntad,  
Afan inesplicable de cambio y movimiento,  
Han sido y serán siempre de amor necesidad.

Por eso una barranca, que su corriente lleva  
Al lago que la ofrece su seno de cristal,  
Bordeando distraida recibe Genoveva  
Sobre su faz los besos del áura matinal.



La luna, que el espacio cruzando vá tardia,  
Con un afan inútil de oposicion tenaz  
Luchar intenta en vano con el albor del dia,  
Que absorbe la luz débil de su amarilla faz.

Tal vez desarraigados los árboles parece  
Que flotan de hoja ricos y secos á la par:  
Á veces que el castillo se aclara, se ennegrece,  
Y cambia de contornos y muda de lugar.

Á veces los vapores con sus movibles brazos  
Pedazos cubren y orlan de su estension total,  
É informes é incompletos, parecen sus pedazos  
En ruina los escombros de la mansion feudal.

Platea aún la luna la superficie tersa  
De las peladas rocas y el agua del raudal;  
Mas, aunque lucha, la alta calígine dispersa  
Encima de los montes la luz matutinal.

En medio de esta doble, fantástica, dudosa,  
Crepuscular y móvil y parda claridad,  
Avanza Genoveva, como ella vagarosa,  
Sin movimiento propio, ni propia voluntad.









*Drawn by Gustave Doré.*

*Engraved by J.H. Baker.*







## EL CASTILLO DE WÁIFRO.

---

PÁGINA 157.

*Las riendas sobre el cuello del animal paciente  
Y el cuerpo abandonado sobre la silla va,  
Sin verlas, contemplando las aguas del torrente  
Que el páramo salpican donde perdido está.*



Las riendas sobre el cuello del animal paciente  
Y el cuerpo abandonado sobre la silla vá,  
Sin verlas, contemplando las aguas del torrente  
Que riegan el desierto donde perdida está.

¿Á dónde va? ¿qué busca? ¿qué anhela?— No lo sabe.  
En torno de sí misma dá vueltas sin cesar:  
Así en redor de un árbol revolotea un ave  
Á quien, aislada, agita su instinto de anidar.

Absorta, ensimismada, su yegua la conduce:  
Y sin tension la brida sintiendo el animal,  
Al conocido bosque torciendo se introduce  
En él, la cerca vírgen bordeando del breñal.

Á un lado, rudo, agreste, tupido y espinoso  
El círculo se extiende del áspero zarzal;  
Al otro, verde, fresco, balsámico y umbroso  
El bosque con su nuevo verdor primaveral.

Los lirios campesinos, las leves amapolas,  
Las margaritas frescas, los nardos de San Juan,  
Las mil silvestres flores que nacen por sí solas  
Y al campo mejor manto que el de los reyes dán.



Los sotos entapizan que Genoveva cruza  
Sin percibir su aroma, su vista sin gozar,  
Sin ver los miles de ellas, que aplasta ó desmenuza  
Su yegua, los retoños al paso al despuntar.

Y á antojo de la bestia mohina ó indolente  
La dama descuidada sobre la silla vá,  
Cuando encarcando el cuello plantóse de repente  
La yegua, rehusando pasar de donde está.

Del cielo de sus sueños de amor la castellana  
Cayendo, con asombro reconoció el lugar:  
Y hallóse en el remate de la alameda llana  
Que corta como cinta de felpa el encinar.

Enfrente, á pocos pasos, los densos matorrales  
Comienzan con que aísla la selva artificial,  
En red de nopaleras y recios enebrales  
Tejidos con espinos, su valle señorial.

Y en ella por un brazo de brío hercúleo hecha,  
Y que el prestigio ha roto del círculo guardian  
Del misterioso valle de Wáifro, está la brecha  
Asombro de la yegua y de la dama afan.



Detrás de sus chaparros hay algo que avizora  
El receloso instinto del dócil animal;  
Y que el afan aviva de ver en su señora  
Lo que á la bestia asombra detrás del matorral.

Allí tras los chaparros moviéndose se esconde  
Alguno á quien la dama interpeló: "¿quién vá?,"  
Y por la brecha al soto desembocando el conde,  
La dijo: "un siervo vuestro que á vuestros piés está.,"

— "¡Vos!," dijo Genoveva sintiendo á su semblante  
Del corazon la sangre subírsela en tropel:

— "¡Vos!," dijo el conde de ella llegándose delante  
Trayendo de las riendas en pos á su corcel.

— "¡Vos!," — "¡Vos!," dijeron ambos, un punto de hito en hito  
Absortos del encuentro mirándose los dos:

Y el ¡vos! en él de triunfo se asimilaba á un grito

Y en ella á una plegaria de proteccion á Dios.

No que ella nunca osara dudar del caballero

Ni que él saltar osara por su deber de tal:

Siente ella que la vende su corazon sincero,

Y él lee lo que en él pasa sobre su faz leal.



Mas con la ingénua vírgen el conde generoso,  
La situacion para ella difícil allanó;  
É interrumpiendo el breve silencio embarazoso,  
Así con ella fácil la plática entabló:

—“Hallaros es augurio de venturoso dia.

“¡Bien haya la fortuna que me depara Dios!.,

—“¿Fundais buenos agüeros en la presencia mia?.,

—“¿Pues no, si habeis llegado cuando pensaba en vos?

“Mirad: de margaritas tejia una corona

“Pensando de ella haceros en el castillo don:

“Salido habeis sin toca: ceñíosla: me abona

“Vuestro descuido: flores de buen agüero son.

“Yo os la pondré: inclinaos. Si rehusais la ofrenda

“En que mi buena suerte simbolizó mi fé,

“Hareis que se convierta de desventura en prenda,

“Y por divisa infausta desde hoy la adoptaré.,

Y él diestro y persuasivo cuanto inesperta ella,

Sus frescas margaritas en alto levantó:

Que su rubor mirara no quiso la doncella,

Y su gentil cabeza de querubin dobló.









Drawn by Gustave Doré.

Engraved by E.P. Brandard.



El conde puso en ella las campesinas flores  
Que, símbolos paganos de oráculos de amor,  
Son aun entre cristianos horóscopo de amores  
Para quien da ó acepta la misteriosa flor.

Y al recobrar su cuerpo la grácil gentileza  
Con que en la silla cae cuando á caballo vá,  
La dama ya á caballo, sin toca en la cabeza,  
Vió al conde que aguardando sus órdenes está.

Le envió la castellana, partiendo, una sonrisa,  
Y el conde al lado suyo galan se colocó:  
Y el sol, ante sí enviando la matutina brisa,  
Tras el combado lomo del monte despuntó.

Tomaron del castillo la vuelta: ¿de qué hablaban?  
Crecido estaba el césped, los árboles en flor,  
Y en ellos, ya apareados, los pájaros cantaban  
Los no aprendidos himnos de su primer amor.

La creacion henchia de amor la primavera  
Y en nuestro globo todo se preparaba á amar:  
Temblaba estremecida de amor la tierra entera  
Del uno al otro polo, del uno al otro mar.



## V.

¿Qué pudo, pues, el conde decir á Genoveva  
De ese cantar de amorés universal al són?  
¿Qué pudo oír de él ella, que en sus entrañas lleva  
El gérmen del incendio de su primer pasión?

De amor hablaron ambos. ¿Hay alguien que se atreva  
Ni á imaginar que tengo la absurda pretension  
De traducir la lengua que celestial y nueva  
Inspira á un labio vírgen un vírgen corazón?

De amor hablaron ambos: el corazón baldío  
De la amorosa vírgen voraz se abrió al amor,  
Como la tierra seca recibe en el estío  
De la primera lluvia el jugo bienhechor.

De amor hablaron... basta. — Cuando al castillo entraron  
Sus lenguas de palabras no habían menester:  
Se hablaban sus dos almas: el corazón cambiaron:  
Y así el amor primero se espresa, y así hablaron  
De amor el primer hombre y la primer mujer.



Mas quien con brasas juega por abrasarse acaba,  
Y es presa de las ondas quien juega con el mar.  
El del mayor incendio, el de la mar más brava,  
No es del amor primero con el peligro par.

De la pasion de vírgen de la gentil doncella  
Irresistible el fuego prendió en su corazon,  
Y el cortesano esperto cayó á las plantas de ella.  
Amor es Dios, y un mónstruo muy torpe la ambicion.

La poesía vírgen de aquel amor primero,  
El celestial hechizo de su virgínea fé  
Del conde embelesaron el corazon artero.  
Amor es Dios, y aplasta los mónstruos con el pié.

El cazador tendia su red á la paloma  
Y con su pico débil el ave la rompió:  
Él queda en su red preso y el ave vuelo toma.  
Amor es Dios: él prende, ninguno le prendió.

Á la inesperta vírgen adora el cortesano,  
É idólatra en su alma la levantó un altar:  
Jugaba con las áscuas y se abrasó la mano,  
Jugaba con las ondas y se perdió en el mar.



## VI.

Y yendo dias y viniendo dias  
Pasan los veinte, y descuidado el conde  
Con Genoveva en el castillo pasa  
Las horas que no cuenta, mas que corren:  
Y ella con él las pierde recorriendo  
El soto, el lago, el pedregal y el bosque:  
Con él corre las liebres por el soto,  
Con él sigue las corzas por el monte,  
Con él tiende las redes en el lago,  
Con él suelta en el viento los azores,  
Con él vuelve al castillo, y con él habla  
De los lances del dia por la noche.  
Y uno del otro en el amor se embriagan  
Con las volubles mil conversaciones  
Con que el veneno del amor, hablando,  
Con la palabra el corazon absorbe.



Y él la canta baladas mientras borda,  
Y la narra leyendas mientras come,  
Y la envia en la noche cantilenas  
Cual trovador galan de torre á torre;  
Y el viejo torvo y silencioso escucha  
Y los dos mozos encantados oyen  
Las trovas, las leyendas, las historias  
Que canta y cuenta á Genoveva el conde.  
Y él y ella de ellos á la vista cruzan  
El firmamento azul de sus amores,  
Que alumbra un sol perenne y sin ocaso,  
Cuya luz no se quiebra en horizontes.  
Corre así el tiempo, y para el conde astuto  
Aunque parece que sin cuenta corre,  
Enamorado y capitan, atiende  
Del amor y la guerra al juego doble.  
Poco á poco ha alojado en el castillo  
De sus huestes de guerra algunos hombres  
Que como él, con leyendas y cantares  
Se atraen á sus sencillos moradores:



Se captan su amistad, sondan mañeros  
El fondo de sus francos corazones,  
No inquieren nada y lo averiguan todo,  
Sin pedirlos les dan de todo informes:  
Á cambio de sus cuentos, del castillo  
Se hacen contar la historia y tradiciones,  
Estudian de su gente las costumbres,  
Del servicio interior las horas y órden,  
Su estado militar como castillo,  
Como finca su renta y producciones,  
Y en fin la noble fábrica de Wáifro  
Con vista inteligente reconocen.  
De modo que postigos y poternas,  
Silos, cuevas, depósitos, prisiones,  
Aljibes, escaleras, subterráneos,  
Crugías, pasadizos, caracoles,  
Distancias, vientos, espesor, alturas,  
Cuanto desée del castillo el conde  
Saber, no tiene más que preguntárselo,  
Y á ciegas podrá andar por sus rincones.



Á más, la brecha que hizo en la maleza  
Es ya sendero fácil que recorren  
Los mensajeros ágiles y fieles  
De su correspondencia portadores:  
Y á abrigo de las rocas embreñadas  
Va de los pirineos españoles  
Volviéndose á acampar bajo su enseña  
El disperso tropel de sus cohortes.

Mientras él de la dama del castillo  
Conquista el corazon en sus salones,  
En sus patios y campos le conquistan  
Su gente sus astutos servidores:  
Y el hijo del piadoso Ludovico,  
Cuando rey de Aquitania se corone,  
En el conde galan de Barcelona  
Tal vez de Wáifro al heredero tope.  
Hoy la vergüenza del vencido arrostra:  
Pero mientras se van sus vencedores  
Haciendo en Cataluña impopulares,  
Dejenerando en bandas de ladrones,



Él en el aislamiento misterioso  
Del castillo de Wáifro se repone;  
Y tan alto desde él volar espera,  
Que su vuelo á las águilas asombre.  
Corre así el tiempo; mas para él los días,  
Aunque parece que sin cuenta corren,  
De su fortuna van uno tras otro  
Afirmando al pasar los escalones.  
¡Oh! y si logra anudar todos los hilos  
Cuyos perdidos cabos busca y coge,  
Tal trama hará con ellos, que su tela  
Cuando el bajel de su fortuna enlone,  
Le podrá conducir á mar tan alta,  
Que seguirle las águilas no osen;  
Mas á aire y mar para lanzarse, espera  
No más que viento favorable sople.  
Y sopló al fin la deseada brisa,  
Brisa pujante y rápida del norte,  
Que rompiendo á su barco las amarras,  
Le impele al centro de la mar salobre.



Paulo trajo esa brisa, al fin tornando  
Despues de un mes de ausencia: venir vióle  
El conde: bajó al puente á recibirle,  
Y con él en su cámara encerróse.  
Los escritos leyó que le traia,  
Las nuevas que traíale escuchóle:  
Y de unas y otros inquiriendo y dando  
Á su vez necesarias ampliaciones,  
Quedaron, lo escuchado y lo leido  
En su memoria colocando en orden  
Pensativo el señor, y en pié aguardando  
El fatigado servidor sus órdenes.  
El caballero, al fin, exclamó irguiéndose:

—“Paulo, tiempo es de que otra vez se tornen  
“Las palomas que huian en milanos,  
“Los fugitivos corzos en leones.  
“La victoria es hoy fácil: mas quedemos  
“Del castillo de Wáifro poseores;  
“Que pues crean un reino de Aquitania,  
“Su derecho ducal tal vez no estorbe.,”



Dijo, y mientras que Paulo los detalles  
De la partida próxima dispone,  
Él bajó al camarín donde la dama  
Ya le aguardaba inquieta. Los dos jóvenes  
Con el viejo sombrío, de la mesa  
Ya al rededor estaban, pues de noche  
Á las veladas de la dama asisten  
Y oyen del adalid las relaciones.

Cuando él apareció, los dos mancebos  
Y el viejo levantáronse: acusóles  
Con leve inclinacion de la cabeza  
Su cortesía él, y dirigióse  
Á Genoveva, cuya tez de rosa  
Se tiñó de carmin, y los dos soles  
Que puso Dios por ojos en su cara  
Le enviaron á la faz un rayo doble.  
Él recibió la luz de sus luceros  
Como reciben la del sol las flores,  
Cuando el rayo primero que las manda  
La niebla azul que las enfria rompe.



Los pliegues de su falda recogiendo  
Para que cerca de ella se coloque,  
Le hizo sitio la dama, y á su lado  
Él como igual y familiar sentóse  
Mas en lugar de la atencion curiosa  
Que solia escitarles otras noches  
Algun cuento anunciándoles, así esta  
Con desusada gravedad hablóles:

—“Llegó por fin el dia en que debemos  
“Acudir á supremas atenciones:  
“Oidme pues, señora, y mis propuestas  
“Pesad aunque os estrañen ú os enojen.  
“El viejo emperador parte su imperio  
“Entre sus hijos: mas en vez del órden  
“Que anhela establecer, va la anarquía  
“Á atizar: crecerán las ambiciones:  
“Los que hoy reciben de su imperio parte,  
“Al todo aspirarán: Roma á la postre  
“Será contra él, y librará con suerte  
“Si del trono imperial no le deponen.



“Aceptado me habeis por caballero:

“Y si no logro hacer que se revoque

“Por el emperador de vuestra raza

“La inútil proscripción, yo vuestro nombre

“Bordaré en mi tabardo, de mi escudo

“Sobre la empresa le pondré por mote,

“Y á la luz á salir volverá escrito

“Por INRI de su cruz en mis pendones.

“Mas no hay ya que pensar en presentaros

“Al viejo emperador; porque el mas jóven

“De sus hijos, Pepino, está en Provenza

“Ya por rey de Aquitania, la que en lote

“Le cupo en el reparto. Yo le debo

“Amistad y obediencia, y él me impone

“La ley de que la suya ó mi bandera

“De Wáifro en el castillo se enarbole.

“Enarbolar la mia, sin derecho

“Mejor que su mandato que me abone,

“Me deshonrara: enarbolar la suya,

“Os ultrajara. Es fuerza que se adopte



“Medio mejor de izar una bandera  
“Que ni os ultraje á vos ni me deshonne,  
“Que sea vuestra aunque distinta fuere,  
“Y la misma aunque cambie de colores.  
“No os propongo, señora, una alianza  
“Que en interés político se apoye,  
“Sino un nudo mas sólido que pueda  
“Con el derecho atar los corazones.  
“Vuestro blason doblad: ceñid á un tiempo  
“La corona ducal y la de conde:  
“Sed mi mujer en fin, y en el castillo  
“Que sin rival vuestra bandera flote;  
“Y pues se erige la Aquitania en reino,  
“Que el primer rey en ella se corone  
“Dejad: crear un reino es mas difícil  
“Que del difunto rey ser sucesores.  
“El castillo de Wáifro está muy alto,  
“Desde muy léjos se divisa, y ponen  
“Hoy sus ojos en él cuantos monarcas  
“Tienen en esta marca dos terrones.



“No hagamos cara al tiempo, que atropella

“Á quien su paso á detener se pone.

“El castillo de Wáifro ha de ser presa

“Del odio ó del amor: á los rencores

“De raza demos fin: que el tiempo nuevo

“Como viejas memorias los devore:

“En el amor de una mujer el odio

“Se sofoca de diez generaciones.

“Yo soy de raza franca, y por las vueltas

“Del tiempo que nada hay que no trastorne,

“Salgo á lid por campeón de la Aquitania

“Y unir quiero á los suyos mis blasones.

“El castillo de Wáifro á amparo mio

“Parecerá del rey; en vuestros montes

“Todo el estío acampará una hueste

“Mia sujeta á vos: teneis un hombre

“En quien fiado habeis desde muy niña,

— Y esto decia por el viejo el conde —

“Que él gobierne el castillo: de mi hueste

“Que tome la porcion que le acomode:



“Y si el riesgo se acerca, en el castillo  
“Que todo el resto de su gente aloje.  
“Yo con el grueso partiré: ya importa  
“Que á Barcelona mi poder recobre.  
“Nuestro enlace nupcial, si es aceptado,  
“Se hará cuando os pluguiere, y hasta entonces  
“Wifredo, paje mio, sus primeras  
“Armas hará en mi ejército: á las córtes  
“De Aquisgran ó Aquitania irá conmigo;  
“Yo atenderé á los riesgos exteriores;  
“Y si la guerra universal estalla,  
“Si el equilibrio universal se rompe,  
“Si tienen con las plumas de las flechas  
“Los reyes que volar y emperadores,  
“El castillo de Wáifro está muy alto:  
“Y ni hay viento que tanto las remonte,  
“Ni cuando el hielo del invierno crudo  
“Sus peñas de carámbanos alfombre,  
“Podrán llegar á él mas que las águilas,  
“Y toparán en él con los halcones.



“De la raza de Wáifro acepto el sino;  
“Cuando Dios por ser de ella me abandone,  
“Si muero á vuestros piés, siempre habrá un ángel  
“Que por mí ruegue á Dios y por mí llore.,,

Este discurso artificioso, hecho  
Para halagar de todos las pasiones,  
Para escitar en todos confianza,  
Hizo el efecto al parecer que el conde  
De él esperaba. Genoveva, ingénua  
Y enamorada, el plan que la propone  
Tuvo por el mejor: el viejo torvo  
Objecion no le opuso: los dos jóvenes  
Vieron el porvenir que en él les cabe  
Á su carácter y aficion conforme.

Se aceptó; y convenidos, estas frases  
Con sequedad el viejo dirigióle:

—“Cuanto sanciona mi señora, debo  
“Sin reparo aceptar: mas en la hipótesis  
“De que estén hoy vuestra alma y vuestro brazo  
“Libres de otros empeños anteriores.









*Drawn by Gustave Doré*

*Engraved by W. Ridgway*



“Si algun lazo os ligó, que esté ya roto;  
“Que no sean dogales que os ahoguen  
“Palabras empeñadas ni deberes  
“Que cumplir con los nuevos os estorben.  
“La situacion es crítica; aceptables,  
“Vuestras ofertas son, y vos sois hombre  
“De llevar á buen puerto vuestro barco  
“Por mucho que la mar se os alborote:  
“Mas la raza Wáifro, condenada  
“Peleando á morir con todo el orbe,  
“Con su espíritu audaz tiene bastante  
“Contra reyes al par y emperadores.  
“Dice la tradicion que el viejo Hunaldo  
“Llamaba á las ondinas desde el monte,  
“Y que á su voz trazaban sobre el lago  
“Los diabólicos círculos veloces  
“De su ronda infernal: Wáifro el misántropo  
“Hablabá con los silfos de los bosques,  
“Cuando van á la luna á columpiarse  
“Ó nido á hacer en las silvestres flores:



“Y yo sé que su espíritu ha quedado  
“Entre esas impalpables creaciones  
“De la pagana edad, y que protege  
“Á su última heredera de traidores.  
“Haced, pues, que en el lóbrego pasado  
“De vuestra vida mis preguntas sonden;  
“Porque, á mas de que creo en los espíritus,  
“Derechos hay en mí que me lo abonen.,,

Á estas frases osadas sonreia  
Con su sonrisa mas graciosa el conde,  
Callaban los mancebos, y la dama  
Sentia sus mejillas sin colores.

Pero aquel, á quien nunca desconciertan  
Las mas comprometidas situaciones,  
Le contestó cortés como quien goza  
En que á cuestion difícil le provoquen:

—“Quien quier que fuereis, cualesquier que sean  
“Aquí vuestro derecho y pretensiones  
“Sobre la última dama que los tiene  
“Al trono de Aquitania: ya que os toque





Drawn by Gustave Doré.

Engraved by G.C. Finden.







“Derecho tal por sangre, ya que os le hayan  
“Legalmente acordado sus mayores  
“Al espirar, yo los respeto y nada  
“Hay en vuestra demanda que me enoje.  
“Mas tales cuales son, vuestros derechos  
“Ir de hoy más deben con el mio acordes:  
“Porque unidas desde hoy nuestras fortunas,  
“En un mismo bajel fuerza es que boguen,  
“Fuerza es que juntas á la orilla arriben  
“Ó que en las ondas á la par zozobren:  
“Con que yo os voy á abrir el panorama  
“Que ansiáis ver de mis años anteriores.  
“Oidme, pues vos, y esos mozos: ellos  
“Para que sobre mí no se equivoquen:  
“Vos para que al contar con mi pasado  
“Podais sacar la cuenta sin errores.  
“Á mas, ya he adquirido la costumbre  
“De abreviaros la noche con canciones  
“Y relatos, y debo hasta la última  
“Ser vuestro trovador, aunque hoy evoque



“Recuerdos tristes para mí. Mi historia  
“Oid, pues. Hoy milito de la corte  
“Fuera, bajo el poder de una calumnia  
“Que no pudo encontrar mantenedores.  
“Viudo el emperador, volvió á casarse:  
“Pero, viejo, eligió mujer muy jóven,  
“Instruida y hermosa: yo fuí el ayo  
“Del hijo de estos ímpares consortes.  
“La calumnia de aquí. De mi privanza  
“Se encelaron los clérigos, los nobles,  
“Y los que lucro y medras esperaban  
“Del favor de los príncipes mayores,  
“Los hijos de Hermengarda. Creció Cárlos  
“El hijo de Judith; su padre dióle  
“Parte en la sucesion con sus hermanos,  
“Lo que de ellos menguó las particiones.  
“Viejo el emperador, Judith hermosa,  
“Yo, como ayo del príncipe, en honores,  
“Rentas y dignidad mas avanzado  
“Que ellos, continuo y familiar mi roce



“Con la imperial familia y sobre todo  
“Con la madre del príncipe..... en menores  
“Apariencias basáronse calumnias  
“Que acarrearón tan grandes turbaciones.  
“Pronto fueron supuestos atrevidos  
“Los que empezaron tímidos rumores;  
“Y, creándose atmósfera, tomaron  
“Del escándalo al fin las proporciones.  
“El hijo de Judith desheredado,  
“Los hijos de Hermengarda de su lote  
“Harian particion: era preciso  
“Dar incremento á la calumnia torpe.  
“La emperatriz, desde que hacer osaron  
“Villanos á su honor imputaciones  
“Tales, con esa audacia de que solo  
“Es capaz la mujer, adelantóse  
“Sintiendo el trueno á provocar el rayo,  
“Aunque el nublado en su cerviz le arroje.  
“Adoptó por emblema un lirio blanco;  
“Le mandó cuartelar en sus blasones



“Y grabar en su sello; de sus cámaras  
“Desterró en su favor todas las flores,  
“É hizo de lirios blancos y azucenas  
“Colmar sus semilleros y jarrones:  
“Tomó por cetro en fin un lirio de oro,  
“Y con él en la mano presentóse  
“En los saraos y fiestas de palacio  
“Y en todas las solemnes recepciones:  
“Llegando á ser sentirle entre sus dedos  
“Necesidad é indispensable goce.  
“¡Nada exaspera más á la calumnia  
“Como que su ira el calumniado arrostre!  
“El viejo emperador recibió un día  
“Un infame cartel; en sus renglones  
“Á Judith acusaban de adulterio  
“Tres nobles, del cartel sustentadores.  
“Exaltóse el monarca, y de su esposa  
“Fuése airado á la cámara; siguióle  
“Su servidumbre atónita; atajámosles  
“Los de la emperatriz; á los rumores









Drawn by Gustave Doré.

Engraved by W. Holl.







EL CASTILLO DE WAIFRO.

---

PÁGINA 183.

*Á afrenta tal sobrecogida ella  
Á las primeras líneas desmayóse.  
Sentámosla; mas él siguió leyendo  
Dando al viento su honor hecho girones.*



“De pasos acudió ella, y encontrándola

“El ciego emperador en los salones,

“Sin mas esplicacion empezó á leerla

“Del libelo las cláusulas atroces.

“Á afrenta tal sobrecogida ella,

“Á las primeras líneas desmayóse:

“Sentámosla: mas él siguió leyendo,

“Dando al viento su honor hecho girones.

“Yo le escuché dispuesto á protegerla,

“Mas al leer del escrito los tres nombres

“Que le osaron firmar, campo cerrado

“Pedí contra mis tres acusadores.

“Eran el godo Ayzon y otros dos bávaros

“Turbulentos: creí que el mejor corte

“Del escándalo era el de los filos

“Del hierro de mi lanza y mi mandoble,

“Y apelé sólo á Dios, fiando solo

“En su amparo, en mi brío y en los botes

“De mi lanza. Acordóseme el palenque:

“Nombráronse los jueces; preparóse



“La lid; mas aguardéles en la arena  
“Desde que el sol saltó del horizonte  
“Hasta que trasmontó, y ninguno de ellos  
“Á la liza bajó. Por quito dióme  
“La ley del crimen que fué imputado:  
“Dió á la par por infames y felones  
“Á los calumniadores fugitivos;  
“Por el juicio de Dios libres é incólumes  
“La Emperatriz y yo de culpa y pena  
“Quedamos; mas era otro el primer móvil  
“De la calumnia ruin: sembrar la duda  
“Y gérmen perenal de agitaciones.  
“Y así fué: dudó Roma; entró en escrúpulos  
“El crédulo marido: dividióse  
“En banderías la opinion, é hicieron  
“Del palacio un infierno los traidores,  
“Los príncipes, los teólogos y todos  
“Los que invocan á Dios y á Satan oyen,  
“Y agitan las pasiones y el escándalo  
“Clamando contra el vicio y las pasiones.



“Judith resolvió, airada y ofendida,  
“Huir á un monasterio, desde donde,  
“Creando nueva situacion, pudiera  
“Poner para su vuelta condiciones.  
“Yo debia volver á mis Estados  
“De los cuales no hay ley que me despoje,  
“Y de palacio y de la corte á un tiempo  
“Partimos disfrazados una noche.  
“Yo con mi servidumbre la escoltaba:  
“Un antifaz cubria sus facciones  
“Y un tabardo sus formas envolvia;  
“Conque no vió su rostro, ni su porte  
“Ninguno. Al arribar del monasterio  
“Á la abacial jurisdiccion, del bosque  
“Dejamos en el límite la escolta,  
“Y avanzábamos solos por el borde  
“De una laguna pantanosa en busca  
“De un atajo que oculto va á las trojes  
“Del monasterio á dar: y ya sentiamos  
“De sus campanas próximas el doble,



“Cuando del lado opuesto del pantano

“Vimos á tres ginetes que á galope

“Corrian á cortarnos del atajo

“La entrada. Perspicaz reconocióles

“La emperatriz y díjome:—“¡Son ellos!,,

—“El convento ganad., la dije entonces,

“Yo os ganaré harto tiempo, venza ó muera,

“Y me lancé al escape. Bien salióme;

“Porque ellos, deteniéndose á esperarme,

“Dieron tiempo á Judith, que huyó y salvóse,

“Y yo le tuve de parar en firme

“En su carrera mi caballo dócil.

“No se engañó Judith: sí que eran ellos:

“Ayzon y nuestros dos calumniadores.

“Ayzon venia en medio y sonreia

“Creyendo en mi torpeza: imaginóse

“Poder en mi carrera arrebatada

“Cogerme entre los tres; pero burlóle

“Mi astuto ardid y de mi buen caballo

“La superioridad; así que á voces



EL CASTILLO DE WAIFRO.

---

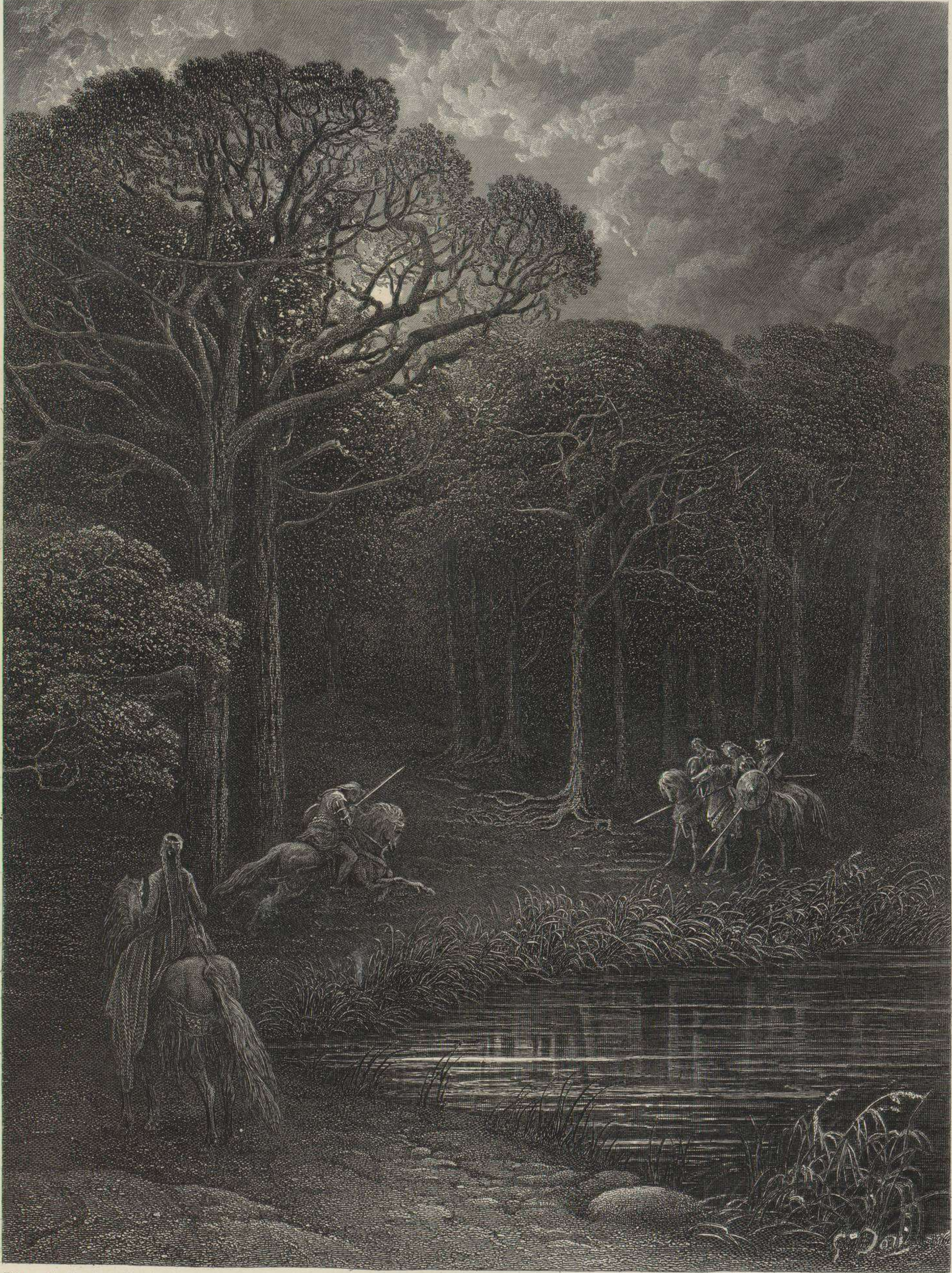
PÁGINA 186.

— *“El convento ganad... la dije entonces,  
“Yo os ganaré harto tiempo, venza ó muera...  
“Y me lancé al escape. Bien salióme;  
“Porque ellos, deteniéndose á esperarme....*









*Drawn by Gustave Doré.*

*Engraved by A. Willmore.*







— “¡Es el juicio de Dios! les dije asiendo  
“De mi trompa; y con todos mis pulmones  
“Soplando en ella, desgarré la atmósfera  
“Con la vibrante voz del hueco bronce.  
“Logré mi fin; miráronse azorados  
“De mi seña, y partí: del primer bote  
“Tendí al que Ayzon tenia de su derecha;  
“El caballo del otro encabritóse  
“Rebelde al freno; revolvíme rápido,  
“Y en el hocico al animal tal golpe  
“Dí, que de espalda en el pantano dieron  
“La indócil bestia y el ginete torpe:  
“Y á dos pasos de Ayzon, quebré en redondo,  
“Le gané tierra y esperé su choque.  
“Mas, ó el juicio de Dios tentar no quiso,  
“Ó de mi escolta, que acudia al trote  
“Tal vez sintió y me dijo:— “En Barcelona  
“Me hallarás,— con el puño amenazóme,  
“Y poniendo el pantano de por medio,  
“Partió como un relámpago y perdióse.



“Mi gente asió del muerto y del caído;  
“Yo eché por el atajo, y ya en las trojes  
“No la ví; rodeé el claustro, y en el pórtico  
“Hallé á la emperatriz. Aseguróse  
“De mi fortuna en el combate, y díjome:  
“Que no hallen aquí rastro de estos hombres;  
“Entierra al muerto lejos: suelta al vivo,  
“Y que Dios le castigue ó le perdone.,—  
“Y sacando del seno el lirio de oro  
“Que le sirvió de cetro añadió:—“Tómale;  
“Si vuelvo al trono, llevaré en la mano,  
“En vez del lirio, un látigo.,—Tendióme  
“La flor; me despidió: besé su mano:  
“Partí: la oí llamar, y oí en sus goznes  
“Rechinando al girar, ante ella abrirse  
“Y sobre ella cerrarse los portones.  
“Y hé aquí el lirio: por nupcial regalo  
“Aceptadle, señora.,—dijo el conde,  
Y del pecho sacándole, en la mesa  
Delante de la dama colocóle.



Quedaron conmovidos contemplándole  
La castellana, el viejo y los dos jóvenes;  
Y en el silencio que siguió, el latido  
Se oía de sus cuatro corazones.

Vió bien que en su favor se les ganaba  
Su historia el caballero: el viejo inmóvil  
Y grave como siempre, mas no uraño,  
Cedia al parecer; y ó convencióse,  
Ó afectó convicción. De Genoveva  
Radiaba la alegría en las facciones;  
Y tras breve silencio reflexivo,  
El lirio recogiendo, dijo al conde:

—“Acepto vuestra ofrenda: desde ahora  
“Será la única joya que me adorne:  
“Y del panteon, del tálamo ó del trono,  
“Yo os le devolveré en los escalones.”

---



## VII.

Blanquea el cielo apenas la luz del nuevo día,  
Los pájaros apenas comienzan á piar:  
Las flores de rocío cargadas todavía  
No empieza con sus alas el zéfiro á agitar.

La atmósfera encapota calígine sombría  
Que va tal vez en lluvia las nieblas á cambiar:  
Un alba cenicienta sin sol, sin alegría,  
Parece auguradora de un día de pesar.

El conde con Wifredo se parte del castillo,  
Y fuera de sus muros á los que de él se van  
Su último adios con franco ceremonial sencillo  
Los que en su hogar se quedan apesarados dan.

Por cima del mancebo y el viejo, Genoveva  
Y el conde se contemplan con silencioso afán,  
Y de ella, de quien la alma y el corazón se lleva,  
Los ojos anublado las lágrimas están.



EL CASTILLO DE WAIFRO.



PÁGINA 190.

*Por cima del mancebo y el viejo, Genoveva  
Y el conde se contemplan con amoroso afán,  
Y de ella de quien la alma y el corazón se lleva  
Nublando su mirada las lágrimas están.*









*Drawn by Gustave Dore*

*Engraved by C.H. Jeens*







Sus almas oprimia fatídica tristeza:  
Del porvenir oscuro pronóstico fatal,  
Hasta en las mismas bestias les dió naturaleza  
Augurador aviso del venidero mal.

Ni un punto á Genoveva dejaron sus lebreles  
Mientras á vista fueron de su mansion feudal:  
Y el potro de Wifredo no quiso á los corceles  
De guerra de Bernardo seguir por el breñal.

Que un paje de sus riendas asiera fué preciso  
Del valle hasta sacarle que le miró nacer:  
Y en tanto que sus yerbas olfateó, no quiso  
Á látigo ni espuela rebelde obedecer.

El conde caminaba callado y cejijunto,  
Cual si tras sí dejara la vida de su sér;  
Y no dejó la dama de contemplarle un punto,  
Mientras de lejos pudo la cabalgata ver.

Hundióse en la espesura por fin: desvanecióse  
De la ondulante selva detrás del pabellon:  
En vano es que su vista tenaz y avara pose  
En el lugar dó acaba de hundirse su vision.



Furtiva una mirada el viejo al paso echóla:  
Al ángulo apoyada del grueso murallon,  
En medio se creia del universo sola,  
Porque quedaba solo sin él su corazon.

Pasábanse los dias: por cima de las peñas,  
Barrancos y breñales del bosque secular,  
En són lejano y vago los toques y las señas  
Oia Genoveva del campo militar.

Y sola, inquieta, absorta, cual tórtola sin nido,  
Salia con sus tristes recuerdos á vagar  
Por entre aquellos troncos que, cuando habia partido  
Le vieron en su marcha los últimos pasar.

Los pasos de la amante tristísima doncella  
De lejos su nodriza seguia por dó quier,  
Y fuera de su vista, mas sin perder su huella,  
Dejábala los sitios queridos recorrer.

Mas cuando el sol poniente los montes trasponia,  
Como se va una corza doméstica á coger,  
Como á la corza dócil al paso la salia,  
Y á casa de la mano tornábala á traer.









*Drawn by Gustave Doré.*

*Engraved by J.H. Baker.*



EL CASTILLO DE WAIFRO.

---

PÁGINA 192.

*Mas cuando el sol poniente los montes trasponia,  
Como se va una corza doméstica á coger,  
Como á la corza dócil al paso la salia,  
Y á casa de la mano torndábala á traer.*









*Drawn by Gustave Doré.*

*Engraved by E.P. Brandard.*







Al cabo de diez días, trepar por el sendero  
Que del torreado puente remata en el cancel,  
Se vió al gallardo paje, del conde mensajero,  
Montado gentilmente sobre árabe corcel.

Traíala un mensaje: y un hora y una seña  
Y un sitio la marcaba su enamorado en él:  
Leyó, y su faz sombría tornábase risueña  
Segun iba leyendo lo escrito en el papel.

Y una hora despues en la ribera  
Solitaria del lago se encontraban,  
Y se veían por la vez postrera  
Y por la vez postrera se abrazaban.

Mientras en tal abrazo el alma entera  
Consagrarse uno á otro se juraban,  
Cual la gaviota que á su voz huía,  
Su fortuna la espalda les volvía.







# PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE LA PRIMERA PARTE.

|                                                                                                                  | <u>PÁGINA.</u>                                   |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------|
| Y una hora despues en la ribera<br>Solitaria del lago se encontraban, etc. . . . .                               | } PLANCHA ECOS II ó GENOVEVA II. frontis. III    |
| Al golpe y al movimiento<br>La calavera redonda, etc. . . . .                                                    | } PLANCHA ECOS XIX ó ELENA I. . . . . 42         |
| Y de oro y licor vertieron<br>Tan generoso raudal, etc. . . . .                                                  | } PLANCHA ECOS XIV ó VIVIEN V. . . . . 49        |
| Sin recordar lo pasado,<br>Su porvenir sin sondar, etc. . . . .                                                  | } PLANCHA ECOS XV ó VIVIEN VI. . . . . 51        |
| Por ella echando, y al brillo<br>De los últimos reflejos del sol, etc. . . . .                                   | } PLANCHA ECOS XX ó ELENA II. . . . . 66         |
| La conversacion dirige,<br>Y del mundo con gran práctica, etc. . . . .                                           | } PLANCHA ECOS XXI ó ELENA III. . . . . 97       |
| Las riendas sobre el cuello del animal paciente<br>Y el cuerpo abandonado sobre la silla va, etc. . . . .        | } PLANCHA ECOS III ó GENOVEVA III. . . . . 157   |
| Tomaron del castillo la vuelta. ¿ De qué hablaban?<br>Tupido estaba el césped, los árboles en flor, etc. . . . . | } PLANCHA ECOS VIII ó GENOVEVA VIII. . . . . 161 |
| Dice la tradicion que el viejo Hunaldo<br>Llamaba á las ondinas desde el monte, etc. . . . .                     | } PLANCHA ECOS VI ó GENOVEVA I. . . . . 177      |
| Wáifro el misántropo<br>Hablabá con los silfos de los bosques, etc. . . . .                                      | } PLANCHA ECOS I ó GENOVEVA VI. . . . . 178      |
| A afrenta tal sobrecogida ella<br>A las primeras líneas desmayóse, etc. . . . .                                  | } PLANCHA ECOS XXVI ó ELENA VIII. . . . . 183    |
| Por cima del mancebo y el viejo, Genoveva<br>Y el conde se contemplan con amoroso afan, etc. . . . .             | } PLANCHA ECOS XXII ó ELENA IV. . . . . 190      |
| Y sola, inquieta, absorta, cual tórtola sin nido<br>Salía con sus tristes recuerdos á vagar, etc. . . . .        | } PLANCHA ECOS XXIII ó ELENA V. . . . . 192      |

































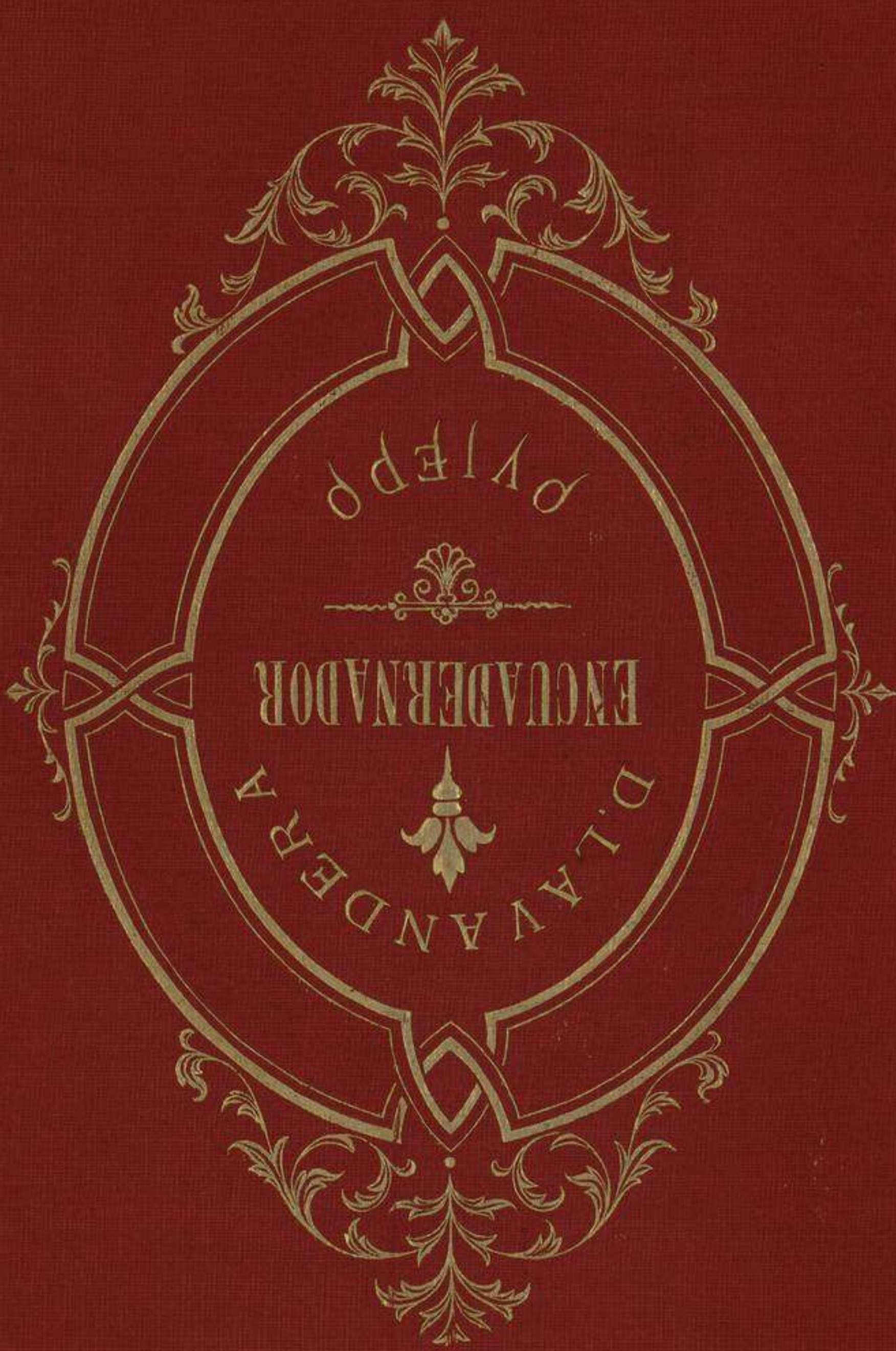












MUSEO



J. ZORRILLA  
Y  
G. FORÉ  
—  
ECOS  
DE  
LAS MONTAÑAS

TOMO  
I

MUSEO ROMANTICO  
XIII  
7